

# Intelectuales y obreros (1888-1936)

Paul AUBERT

(Université de Provence-UMR Telemme/CNRS 6570)

*paul.aubert@up.univ-aix.fr*

## RESUMEN

Este artículo estudia el encuentro de dos fenómenos de construcción paralela, saber y poder. Los intelectuales creen lograr entender la Historia acercándose al mundo del trabajo. Los obreros necesitan a los intelectuales para tener acceso a la cultura, es decir a la interpretación del mundo que les rodea. La evolución de ambos fenómenos explica momentos de colaboración y desencuentros, debidos esencialmente a un error sobre la identidad del agente del cambio político. Las dificultades que conocería la democracia en la Europa de los años 30 y la radicalización de la vida política española cambiaron las condiciones de esa convivencia: mientras los intelectuales estaban en las Cortes, las masas estaban en la calle.

**Palabras clave:** España siglos XIX y XX, movimiento obrero, obreros, proletariado, intelectuales, cultura, política.

## ABSTRACT

This article analyses the making of two phenomena both mental and political: relationship between knowledge and power. The intellectuals seek to understand the History, by reaching the worker's world. The workers need the intellectuals to reach culture in order to understand the own world. The analysis of this development offers stages of meetings and ruptures. The problem of misunderstanding lies in a mistake about the identity of the agent of political change. The crisis of democracies in Europe along 1930's and the radicalization of political life in Spain will change this relationship. This historical context produces as result that the intellectuals sat in Parliament, while the masses are on street.

**Key words:** Modern Spanish History, labour movement, working class, intellectuals, culture, politics.

Este trabajo no pretende proponer un enfoque antropológico de la cultura en los medios populares<sup>1</sup>, ni es una reflexión en torno a los modos de intervención cultural de los militantes obreros que reivindican, sobre la base de experiencias comunes, el uso de una cultura vivida más que heredada, en un momento en que se está cuestionando el populismo del siglo XIX. Más que estudiar la ideología y la organización, o las prácticas culturales colectivas como consumo o entretenimiento, aborda la cuestión de las relaciones de los hombres de cultura con el movimiento obrero, o sea de los trabajadores manuales con los de la inteligencia. Al entrar en la vida polí-

---

<sup>1</sup> *Peuple, mouvement ouvrier, culture* (Danièle Bussy Genevois, Brigitte Magnien, Jacques Maurice, eds.), París, P.U. de Vincennes, 1990.

tica, a mediados de la primera década del siglo XX, los intelectuales querrían protestar contra el funcionamiento del régimen de la Restauración. Después de la crisis de 1917, van precisando sus ideas y acaban elaborando un proyecto. Disponen de medios de expresión (la tribuna y la prensa) y de medios de acción (en el seno de los nuevos partidos políticos o en un hipotético partido de intelectuales). Algunos se valdrían de su militancia anterior en el seno del movimiento obrero. Otros incluso piensan hacer la revolución, aunque la mayoría de ellos se acogen a la alianza con el movimiento obrero esbozada en la lucha contra la ley de Jurisdicciones: la Conjunción Republicano-socialista. A todos les queda por definir el agente del cambio: el pueblo. No es tarea fácil, pero lo invocan, pretenden hablar en su nombre al mismo tiempo que tratan de definirlo. Esta cuestión de la representación mental no puede dissociarse de la de la representación política. ¿Cómo pasan los intelectuales de la abstracción mítica o jurídica del pueblo, a la masa, ilustración de la cuestión social no resuelta (entidad por la que el intelectual liberal siente cierta repulsión, y a la que opone la conciencia individual y que el socialista intenta encauzar), a las clases medias, sujeto político necesario pero difícil de aprehender? A finales del siglo XIX a la hora de definir al pueblo, los intelectuales descubren el movimiento obrero. Una de las soluciones que se les ocurre es mezclarse con la clase obrera que está organizándose. Intentan –como lo hiciera Carlos Marx– entender la Historia aproximándose al mundo del trabajo<sup>2</sup>. Pero tienen que vencer los recelos que inspiran a los propios obreros antes de proponerles un programa educativo<sup>3</sup> y una estrategia política.

## Vencer recelos

Los obreros o trabajadores de la industria de los países europeos ven su estatuto, su salario y su vida transformados por la industrialización de Europa. La progresiva desaparición del obrero de los talleres artesanales, y la emergencia de una clase obrera más homogénea parece poder mejorar la condición laboral. Pero a lo largo de la primera mitad del siglo XIX las mutaciones técnicas endurecen las condiciones de trabajo y de vida de los obreros, que pierden la relativa independencia en tenían en los talleres. La manufactura se transforma en taller mecanizado y en fábrica. Durante este período de mutaciones y de acumulación capitalista se agrava dramáticamente la condición obrera. España tarda en entrar en la era capitalista.

A finales del siglo XIX, la condición del obrero español no es la que describiera Federico Engels en 1845 para Inglaterra, con niñas de diez años trabajando diecinueve horas diarias en las fábricas textiles de Manchester, mantenidas despiertas a latigazos. Pero son corrientes las jornadas de 12 horas. Lo que describe el diputado francés Jules Simon en *L'ouvrier de huit ans* (1867) sigue teniendo una cruel actualidad. Por otra parte, la diferencia de salarios según la edad y el sexo no ha dejado de aumentar hasta alcanzar una variación de uno a diez. Se comprueba también que

<sup>2</sup> Michel Verret, *Théorie et pratique*, París, Éditions Sociales, 1967.

<sup>3</sup> Alejandro Tiana, “Educación de la clase obrera en Madrid en el siglo XX (1898-1917), UCM, 2 vols.; Jean-Louis Guereña, “Les socialistes madrilènes et l'éducation au début du XXe siècle”, *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, París, n°3-4, julio-diciembre 1987, pp. 544-567.

una familia de obreros puede mantenerse difícilmente incluso con tres sueldos, con gastos en comida y alojamiento que absorben las nueve décimas partes de sus ganancias anuales. Esta precariedad se traduce en toda Europa en plagas sociales que van desde la enfermedad y el paro hasta el alcoholismo y la prostitución. A mediados de siglo, Marx se dirige a los proletarios de los países europeos en el *Manifiesto comunista* (1848) para aconsejarles la unión. A finales de siglo, Emilio Zola interpela a la opinión pública. Y algunos patronos organizan obras de asistencia a sus obreros, como los Schneider en Le Creusot o los Krupp en el Ruhr, haciéndose cargo de la educación de sus hijos hasta llevar a los más dotados a las escuelas de ingenieros de Artes y oficios, para reclutarlos luego en la empresa. No obstante, la represión de la *Commune* por Thiers en el país vecino (cien mil muertos) está en todas las memorias, así como la ley de 14 de marzo de 1872 que somete los sindicatos a inspección policíaca y prohíbe afiliarse a la Internacional. Se trata de impedir la reconstitución del movimiento obrero<sup>4</sup>. Pero al votar esta ley, la Asamblea Nacional francesa nombra una comisión para llevar a cabo una encuesta sobre las condiciones de trabajo en Francia que casi olvida interrogar a los representantes de la clase obrera. Este ostracismo explica la timidez del renacimiento del movimiento obrero en los congresos de París, de Lyon y de Marsella respectivamente (1876, 1878 y 1879), hasta que en el último de ellos Jules Guesde procuraría unir el movimiento obrero al movimiento socialista. Pero la división de los socialistas afecta también a las organizaciones obreras y las aísla de los republicanos.

A principios del siglo XX, el Estado se decide a intervenir bajo la presión sindical y política de la izquierda radical, más allá de la ley que prohíbe en Francia el trabajo de los niños de menos de ocho años en 1841 y menos de doce en 1874. Esta miseria justificó las encuestas de médicos en Francia como Villermé y Guépin, de economistas cristianos y de reformadores sociales. En España, la más conocida es el Informe Vera, de la Comisión de Reformas Sociales, que revela en 1884 las condiciones laborales de mujeres y niños.

### Primeros intelectuales socialistas

La idea socialista tardaría en prosperar en España. Se impuso primero la ideología bakuninista, alejada de la que guió a la Internacional. Las asociaciones obreras que nacen en Cataluña, con la fundación de periódicos como *El Obrero* y *La Asociación*, y la organización de un congreso en 1865 no son revolucionarios<sup>5</sup>. La Revolución de 1868 favorecerá el éxito de la AIT en España. Díaz del Moral distingue entre la tradición política de los cantones autónomos y un “socialismo indígena”, es decir la aspiración a un reparto de las tierras desamortizadas. Más allá del conflicto entre Bakunin y Marx, la crisis agraria, el odio a la conscripción por quintas y la noción de pueblo en armas como garantía revolucionaria, explican que en España la historia del movi-

<sup>4</sup> Edouard Dolléans, *Histoire du mouvement ouvrier*, t. 2 1871-1920, Paris Armand Colin, 1953, 6ª ed., 1967, p. 14

<sup>5</sup> Renée Lamberet, *Mouvements ouvriers et socialistes. L'Espagne (1750-1936). Chronologie et bibliographie*, París, 1953.

miento obrero no sea la del socialismo. En 1869 se forman los núcleos madrileño (con *La Solidaridad*) y barcelonés, éste último contando con ciertos intelectuales revolucionarios andaluces. Pero en general el socialismo que orienta la actuación de algunos republicanos federales acoge el bakuninismo y se fundamenta en un sindicalismo ofensivo, que preconiza el asociacionismo. Sus primeros militantes no pertenecen a la burguesía culta. Son a menudo tipógrafos que no comparten la vida del obrero de la industria textil o del bracero andaluz, pero que tienen una ética y se han forjado con sus lecturas una cultura que les permiten contradecir al burgués. La modestia o la intransigencia de estos autodidactas, que se dividen entre Bakunín y Marx para salvar a la Internacional, y que denuncian el cooperativismo (acusado de introducir la lógica capitalista en la producción) y el republicanismo (porque condenan el juego político), explican su recelo hacia los intelectuales después de las discusiones del congreso de Zaragoza de la Federación Regional Española (4-11 de abril de 1872) en torno a la distinción entre artesano, obrero y proletario. Rafael Farga Pellicer, que participó, junto a Gaspar Sentiñón, en el Congreso de la AIT de 1869 en Basilea, reconocía en el Congreso obrero de Barcelona de diciembre de 1868 que el hecho de que muchos hombres ilustres se hubieran ocupado de las cuestiones sociales no era más que la traducción del individualismo de las clases medias, y había contribuido a adormecer a los trabajadores. Estos hombres inicialmente revolucionarios se habrían convertido en meros doctrinarios, siguiendo “la ley fatal de su clase”. Anselmo Lorenzo cuenta que, cuando visitó a Marx, en Londres en 1871, se sintió molesto cuando éste orientó la conversación en torno a los escritores clásicos españoles. Recordó entonces los reproches que Bakunín dirige en *Los adormecedores*, en 1869, a lo que llama “la aristocracia de la inteligencia<sup>6</sup>”. Al volver de la reunión de Saint-Imier, los delegados españoles reunidos en Córdoba el 24 de diciembre de 1872 siguen condenando el poder, pero declaran que no temen al saber “envenenado por el virus autoritario, clerical, burgués”. El obrero que sepa algo tendrá que enseñarlo al que sepa menos que él. Al confirmar la adhesión española a la AIT anarquista, la clase obrera decide también dotarse de órganos de prensa y de ateneos. Pero es víctima de la represión decidida por Salmerón que disuelve la Internacional en España el 16 de enero de 1872.

La ley de 1881, que permitió la legalización de las asociaciones obreras, favoreció los empeños “reconstructores” y contribuyó al desarrollo del socialismo, que sólo disponía entonces de la *Agrupación madrileña* fundada en 1879, con el nacimiento del Partido Socialista Obrero Español en el congreso de agosto de 1888. Se propone a largo plazo conquistar el poder y la propiedad de toda la sociedad sobre los instrumentos de producción, con un programa social preciso (salario mínimo, ocho horas laborales) que seduce a un joven médico, Jaime Vera, impresionado por la lectura del *Manifiesto comunista*. La dispersión del grupo madrileño (García Quejido se fue a Barcelona, Perezagua a Bilbao) extendió la influencia que empezaba a tener el semanario *El Socialista*, creado en 1886. Pero las corrientes mayoritarias del PSOE, cercanas al guesdismo y al socialismo de estado alemán, que celebran “la emancipación del obrero por el obrero”, no tardan en oponerse al doctor Jaime Vera, el primer intelectual del partido, aunque los años posteriores, los años 1893-94, en que Unamuno se

---

<sup>6</sup> Miguel Bakunin, *Les Endormeurs* (artículos publicados en *L'Égalité*, junio-julio de 1869), Paris, Groupe de Propagande par la Brochure, 1925.

adhiera a la Agrupación socialista de Bilbao, son años de apertura en los que otros intelectuales como Timoteo Orbe o Álvaro Ortiz se acercan al socialismo. Pero muchos líderes obreros consideran el impulso intelectual que caracteriza la crisis finisecular como la expresión de un movimiento elitista decimonónico.

A finales de 1894, es decir cuando el cuarto congreso del PSOE en Madrid reforma las bases de la organización del partido, éste sólo cuenta en sus filas con dos intelectuales: el doctor Jaime Vera (autor de un informe famoso en la Comisión de Reformas Sociales) y Miguel de Unamuno. Tres años más tarde, estará en sus filas un catedrático de instituto de Alicante, José Verdes Montenegro, así como algún otro miembro de las profesiones intelectuales, como el médico y novelista Felipe Trigo o el dramaturgo Joaquín Dicenta, todos salidos del grupo *Germinal*. Unamuno, catedrático de griego en la Universidad de Salamanca, ofrece su colaboración y explica su adhesión al socialismo, el 11 de octubre de 1894, en una carta a Valentín Hernández, director de *La Lucha de clases*, órgano semanal recién creado de la federación vasco-navarra, que publicaría luego en la primera plana, el 21 de octubre de 1894<sup>7</sup>. Unamuno es sin duda el primer catedrático que se adhiere al PSOE. Procura convencer a su madre, a la que inquietaba tal evolución ideológica (y que parece pensar, tal como sugiere la respuesta del mismo Unamuno, que es fruto del orgullo o del afán de notoriedad), de que la idea que se hacen los que la rodean del socialismo es errónea, y que su decisión es razonada<sup>8</sup>. Cuando está polemizando con Pablo Alzola y desde 1892, cuando publica la serie de artículos titulados “El movimiento socialista” en *La Democracia* de Salamanca, Unamuno se está aproximando al socialismo<sup>9</sup>. Se interesa por la huelga de Vizcaya de 1890 y por la represión del general Loma. Compara incluso la reticencia que pueden inspirar entonces los socialistas entre los burgueses con el ostracismo que afectó a los liberales en el siglo anterior, y explica ambas reacciones por la ignorancia. Unamuno, al declararse marxista<sup>10</sup> —tras una breve etapa hegeliana<sup>11</sup>— piensa que hay que atraer numerosos intelectuales hacia el socialismo, para obligarles a cambiar sus costumbres mentales:

---

<sup>7</sup> Unamuno afirma en esta carta: “[...] Me puse a estudiar la economía política del capitalismo y el socialismo científico a la vez, y ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Carlos Marx con la gloriosa Internacional de trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único ideal hoy vivo de veras, es la religión de la humanidad. La tarea de propagarla en nuestra España es dura, el capitalismo burgués, que empieza a ahogarse bajo su propio peso, aplastado fatal y necesariamente por las leyes mismas de libertad que proclamaron sus defensores, el capitalismo burgués se defiende a muerte, con proteccionismos, con monopolios, con paz armada y ejércitos dispendiosísimos, con amenazas y promesas y mentiras, con falsa beneficiencia y hasta calumniando al socialismo unas veces y forjando otras una falsificación de él para engañar incautos y engañarse a sí mismo...”.

<sup>8</sup> “Es muy natural que no puedas explicarte como haga profesión de ese conjunto de disparates que te figuras es el socialismo no siendo por soberbia o sed de notoriedad” [...] “Cuántas cosas lees u oyes algo de ello es de personas que ni lo conocen ni lo estudian ni están capacitadas, y no siempre por falta de inteligencia, para conocerlo.” (Se conserva el borrador de esta carta en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca; M. de Unamuno, *Epistolario inédito*, t. I, 1894-1914, ed. de Laureano Robles, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 43-44).

<sup>9</sup> Serie de seis artículos firmados *Unusquisque* titulados, “El movimiento socialista”, *La Democracia*, Salamanca, 12 de febrero de 1892 – 27 de marzo de 1892.

<sup>10</sup> Carlos Blanco Aguinaga, “El socialismo de Unamuno. 1894-1897”, *Revista de Occidente*, t. XIV, 2a época, julio-agosto-septiembre de 1966, p.166-180.

<sup>11</sup> Pizán, *El joven Unamuno. Influencia hegeliana y marxista*, Madrid, Ayuso, 1970.

“...hay que romper las telarañas que tienen en la cabeza los obreros intelectuales, que han servido hasta hoy de guardia civil al capitalismo burgués. Donde en España hay que hacer activa propaganda es entre personas de profesiones intelectuales (si bien todas lo son, pues sin inteligencia ni se puede arar) que aún se empeñan en creer que sus intereses son los de sus amos. Conozco a muchos que en su corazón y su mente son socialistas, pero les detiene de declararse tales y unirse a los humildes y desdeñados un temor vergonzoso, hijo de una educación viciosa y adulterada, de una educación de casta, de la que nos han dado, y razones de falaz prudencia humana, cobardía, tesis espiritual, y algo de orgullo más o menos consciente.”

Pablo Iglesias acogerá muy favorablemente esta adhesión al partido y le manda al joven catedrático, el 12 de diciembre de 1894, una carta calurosa en la que procura desmentir los prejuicios hostiles a los intelectuales que se atribuyen a su partido:

“Excuso decirle que su ingreso en el Partido Socialista me ha causado un verdadero placer, como lo experimentaré siempre que vea venir a las filas emancipadoras hombres del campo intelectual. Al revés de lo que dicen algunos majaderos al servicio de la clase dominante, los obreros manuales socialistas, lejos de mirar con prevención y recelo a los hombres de carrera, deseamos verlos a nuestro lado, cooperando en el grado que les sea posible a la difusión de los principios revolucionarios y a la organización del proletariado”<sup>12</sup>.

Luego, a partir de finales de 1896, afloja en los escritos de Unamuno la influencia de Tolstoï y de Spencer<sup>13</sup> y el escritor gusta de considerar fructíferos los desacuerdos que aparecen entre marxistas<sup>14</sup>. Colabora regularmente en *La Lucha de clases* hasta 1907. Publicaría también un artículo en *El Socialista* el primero de mayo, hasta el año 1924. Unamuno publicó más de quinientos artículos en la prensa socialista entre 1894 et 1930<sup>15</sup>. Después de 1897, se distanció y sus colaboraciones corresponden solo al rito del 1º de mayo. Los mismos dirigentes socialistas, siguiendo el consejo de Marx y Engels<sup>16</sup>, eran reacios a la idea de colaborar con los intelectuales, a quienes sospechaban de querer abandonar demasiado rápidamente el principio de la lucha de clases; No se puede dudar sin embargo de la ortodoxia de Unamuno, quien pretende haber estudiado la economía política, cita a menudo el *Manifiesto del Partido Comunista*, y maneja el concepto de plusvalía. Durante al menos dos años y medio, Unamuno es un militante socialista, bastante fiel a la ideología marxista, que no deja de alabar el asociacionismo: “*Una de las cosas por lo que habrá que bendecir siempre al movimiento societario, es porque al agrupar a*

<sup>12</sup> Carta de Pablo Iglesias a Miguel de Unamuno, 12 de diciembre de 1894, Mª Dolores Gómez Molleda (ed.), *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes obreros a Miguel de Unamuno*, Universidad de Salamanca, 1980, p. 139.

<sup>13</sup> *Cartas a Jiménez Ilundain*, Buenos Aires, 1949.

<sup>14</sup> “Signos de vida”, *La Lucha de clases*, 31 de octubre de 1896.

<sup>15</sup> Según nuestro inventario 363 artículos en *La Lucha de Clases* entre el 21 de octubre de 1894 y el 1º de septiembre de 1897 (luego treinta entre 1898 y 1907) y 107 en *El Socialista* entre el 1º de mayo de 1895 y el 21 mayo de 1924 (luego tres entre 1928 y 1936).

<sup>16</sup> *Circulaire adressée à A. Bebel, W. Liebknecht, W. Dracke etc.*, *Selected Works*, Moscú, 1962, t. II, p. 478-485.

los obreros y despertar en ellos el sentimiento de solidaridad les ha ido emancipando de los odios y rencores puramente personales y les ha acostumbrado a mirar a los patronos como una clase también solidaria, en la que se borran las individualidades aisladas”<sup>17</sup>, dirá más tarde.

Nos consta, según su correspondencia con el director de *La Lucha de clases*, Valentín Hernández, que es el autor de la mayoría de los editoriales, y afirma ser el redactor de más de la mitad del semanario<sup>18</sup>. La aparición de sus iniciales al final del artículo titulado “Signo de vida”, el 31 de octubre de 1896, indica que la redacción empieza a desconfiar y se desolidariza de él. En este artículo, Unamuno se alegraba de la multitud de corrientes entre las cuales se dividía a su parecer la doctrina socialista:

“Socialistas colectivistas; libertarios, socialistas anarquistas; socialistas cristianos; evangélicos; católicos, *trade-unionistas*; societarios etc., etc. Cuantos más, mejor; los que de un modo no lo entiendan lo entenderán de otro; el sentimiento es común, es común el fin, creándolo o no, lo crean éstos o aquellos.”

Se entenderá que la heterodoxia revelada por tal entusiasmo, que preconizaba la práctica de un militantismo tan heterogéneo como ecuménico, haya podido asustar a los militantes. Pero el socialismo de Unamuno no procece de la doctrina sino de la realidad, es decir del análisis de las consecuencias de la revolución industrial sobre el mundo obrero que los teóricos han formalizado:

“Todo gran movimiento vivo es irreductible a fórmulas definidas y concretas; es hijo del sentimiento. Las frías ideas suelen ser poco aptas para empujar al hombre a la acción [...] Bueno es discurrir, pero importa más en tiempos de acción mover la voluntad mediante emociones”<sup>19</sup>.

Después de una explicación epistolar con Hernández Unamuno prosigue su colaboración, pero vuelve a denunciar el dogmatismo marxista y las excomuniones

<sup>17</sup> *La Ilustración Obrera*, Barcelona, 13 de octubre de 1906. Manuel M.Urrutia León, “La revista barcelonesa *La Ilustración Obrera* (1904-1906)”, p. 338.

<sup>18</sup> Carta a Pedro de Múgica, diciembre de 1895; Blanco Aguinaga, cit. p. 171. Esta colaboración (unos 146 artículos) fue señalada desde 1966 por Rafael Pérez de la Dehesa, *Política y sociedad en el primer Unamuno*, Barcelona, Ariel, 1966, p. 58. Parte de ella (72 artículos más) fue publicada por Pedro Ribas, *Unamuno. Escritos socialistas. Artículos inéditos*, Madrid, Ayuso, 1976. Pedro Ribas y Diego Núñez, y luego *Unamuno y el socialismo. Artículos recuperados (1886-1928)*, Granada, Comares, 1997. No compartimos el entusiasmo de Laureano Robles quien atribuye 178 colaboraciones más a Unamuno o sea un conjunto de 354 (“La colaboración de Unamuno a *La Lucha de Clases* (octubre 1894-abril 1897)”, Theodor Berchem, Hugo Laitenberger (coords.), *El joven Unamuno en su época*, Junta de Castilla y León, 1997, p. 123-195). Un rastreo exhaustivo del periódico nos llevan a atribuir para este período sólo unos 324 artículos de *La Lucha de Clases* a Unamuno a los que cabe añadir una decena de traducciones. Más recientemente José Antonio Ereño Altuna, *Artículos inéditos de Unamuno en “La Lucha de Clases” (1894-1897)*, Bilbao, 2002, ha señalado que algunos artículos sin firmar de este periódico fueron redactados por Timoteo Orbe (quien usaba a veces el pseudónimo *Miguel de Aquino* o *Tebro*) o el mismo director, Valentín Hernández. Las razones aducidas, sacadas a menudo de la correspondencia de Unamuno, son convincentes, aunque a veces algunos artículos rechazados parecen ser de Unamuno. Pero este problema de atribución es difícil de solucionar.

<sup>19</sup> “Idealismo”, *La Lucha de Clases*, Bilbao, 7 de noviembre de 1896; *Obras Completas*, Madrid, Escelicer (OCE), 1963-1996, t. IX, p. 654.

que se llevan a cabo en nombre suyo<sup>20</sup>. Si reitera su fe en el proceso histórico que conduce al socialismo, acaba sintiéndose molesto por la doctrina marxista, como revela la carta que manda a *Clarín* el 31 de mayo de 1895, en la que confiesa su concepción religiosa del socialismo:

“Yo también tengo mis tendencias místicas, pero éstas van encarnando en el ideal socialista, tal cual lo abrigo. Sueño con que el socialismo sea una verdadera reforma religiosa cuando se marche el dogmatismo marxiano y se vea algo más que lo puramente económico. ¡Qué tristeza el ver lo que se llama socialismo! ¡Qué falta de fe en el progreso y qué falta de humanidad<sup>21</sup>!”.

Unamuno, que confía en las iniciativas que hayan de surgir de la asociación de los trabajadores, vuelve a burlándose del socialismo “científico” y de lo que llamaba en 1892 el “abstruso y amazotado libro que Marx tituló *El Capital*”,<sup>22</sup> cuando se preguntaba hasta donde debía llegar la intervención del Estado y sugería la existencia de otras formas de socialismo anunciando una reflexión personal sobre la escisión entre socialistas y anarquistas<sup>23</sup>. Unamuno, que había afirmado en 1894 que el socialismo era el único ideal vivo de su época<sup>24</sup>, empieza a reivindicar un socialismo humanista que definirá en 1909 desde el prisma liberal, a la manera de Ramón Pérez de Ayala o de Fernando de los Ríos o el mismo Besteiro, cuando expliquen que el socialismo es liberal y el liberalismo, socialista<sup>25</sup>, porque no ligaban la cuestión de la forma del Estado con la de la revolución. Pero las diferencias políticas se

<sup>20</sup> Sin embargo, Unamuno sigue colaborando en *La Lucha de Clases* hasta 1905. Solía publicar, hasta 1924, un artículo en el número de primero de mayo de *El Socialista*. Publica aproximadamente unos 324 artículos en *La Lucha de Clases* entre el 21 de octubre de 1894 y el 1º de septiembre de 1897 y 108 en *El Socialista* entre el 1º de mayo de 1895 y el 6 de mayo de 1930. Después de 1897, el escritor se aleja de la redacción de *La Lucha de Clases* y sus colaboraciones no corresponden más que al rito del 1º de mayo. A partir de 1901, Antonio García Quejido solicita a varios intelectuales para la revista efímera que dirige, *La Nueva Era*, que publica entre enero de 1901 y octubre de 1902. Costa, Unamuno, Altamira entregan cada uno un artículo. No son textos militantes. El de Costa reproduce el discurso titulado “La ignorancia del Derecho” que había pronunciado cuando su recepción en la Real Academia de Ciencias Morales (*La Nueva Era*, 1901, p. 107, 145 y 169), el de Altamira ofrece una reflexión de sobre el tema de “La imparcialidad histórica” (*Ibid.*, p. 645-648), Unamuno también da la transcripción de su discurso en los Juegos Florales de Bilbao, titulado, “Por la patria universal” (*Ibid.*, p. 583-598). Le reprocharán luego a García Quejido su eclecticismo y su apertura de espíritu. Algunos de estos intelectuales fueron solicitados luego por Mariano García Cortés, para su revista bi-semanal *La Revista Socialista*, entre otros: Sales y Ferré, Dorado Montero, Aniceto Sela, Adolfo Álvarez Buylla, Adolfo Posada y Rafael Altamira, y por fin por *El Socialismo*.

<sup>21</sup> M. de Unamuno, *Epistolario a Clarín*, ed. de A. Alas, Madrid, 1941, p. 53.

<sup>22</sup> Artículo firmado *Unusquisque*: “El movimiento socialista-II”, *La Democracia*, Salamanca, 15 de febrero de 1892.

<sup>23</sup> *Unusquisque*, “El movimiento socialista-IV”, *La Democracia*, Salamanca, 3 de marzo de 1892.

<sup>24</sup> “Me puse a estudiar la economía política del capitalismo y el socialismo científico a la vez, y ha acabado por penetrarme la convicción de que el socialismo limpio y puro, sin disfraz ni vacuna, el socialismo que inició Karl Marx con la gloriosa Internacional de trabajadores, y al cual vienen a refluir corrientes de otras partes, es el único ideal hoy vivo de veras, es la religión de la humanidad”, confiesa Unamuno en su profesión de fe socialista (“Un socialista más. Carta de Unamuno, *La Lucha de clases*, Bilbao, 21 de octubre de 1894).

<sup>25</sup> P. Aubert, “Los intelectuales en la crisis de 1917”; *La crisis del Estado Español, 1898-1936*, Madrid, ed. Cuadernos para el Diálogo, 1978, p. 245-310.



manifiestan entonces a partir de los métodos más que con los objetivos proclamados. Los socialistas españoles no luchan por la socialización de los medios de producción y se refieren poco a la lucha de clases. Los liberales abogan por una intervención del Estado:

“El liberalismo es socialista. Pero al decir socialista no entendáis ese socialismo puramente económico, el del materialismo histórico, no. No se trata de una cuestión de estómago, sino del hombre entero; no de reparto de riqueza, sino de cultura”<sup>26</sup>.

Unamuno se refugia entonces en la individualización de la emoción y de las sensaciones experimentales frente al paisaje castellano como el joven Barrès del “culto al yo”, quien expresaría el mismo año (1895), en *Du sang de la volupté et de la mort*, unas impresiones brutas que le inspiran su descubrimiento de una Castilla próxima a la que pintan Regoyos y Solona: “Un matadero, una cárcel, en un esplendor de luz que impone por todas partes el silencio, he aquí la ciudad española esencial”<sup>27</sup>. Pero esta visión le inspira entonces una explicación de índole económica. Aunque impera la doctrina escolástica en la ciencia oficial, las tesis evolucionistas del darwinismo arraigan en muchos espíritus. A partir de finales de 1896, se nota en los escritos de Unamuno influjo de Tolstói y de Spencer<sup>28</sup> y un gusto evidente por considerar fructíferos los desacuerdos que aparecen entre algunos marxistas<sup>29</sup>. Luego, tras un largo silencio, que corresponde a lo que suele llamarse su crisis espiritual, Unamuno proclama su hostilidad a cualquier dogma político: “¡Fuera credos!”<sup>30</sup>. El escritor colabora entonces brevemente en la prensa anarquista. Y desde este socialismo *sui generis* se encuentra en los márgenes de una rebelión indefinida en la que se juntan la bohemia de Sawa, el racionalismo de Nakens y de Bark, el idealismo de Ganivet o el anarquismo de Corominas, que habían expresado su preocupación por la cuestión social y su deseo de cambiar la sociedad, sin plantearse todavía la cuestión de las modalidades de la acción: sea porque confían en el determinismo socialista, sea porque lo esperan todo de la explosión anunciada por los anarquistas. Pero los discípulos más jóvenes de Giner, con la excepción de un breve interés manifestado por Zulueta, no parecen interesarse mucho por el anarquismo que atrajo por un momento a sus mayores.

A partir de 1901, Antonio García Quejido solicita varios intelectuales para su efímera revista *La Nueva Era*, que aparece entre enero de 1901 y octubre de 1902<sup>31</sup>. Costa, Unamuno, Altamira publican cada uno un artículo. No son textos de militantes. El de Costa reproduce el discurso titulado “La ignorancia del Derecho”<sup>32</sup> que

<sup>26</sup> “La esencia del liberalismo”, conférence prononcée en Valladolid el 3 de enero de 1909, *El Mundo*, Madrid, 4 de enero de 1909, OCE, t. VIII, p. 777. V. Juan Marichal, “Unamuno y la recuperación liberal”, artículo citado.

<sup>27</sup> “Un abattoir, une prison, dans une splendeur de lumière qui impose partout le silence, voilà la ville espagnole essentielle”, Maurice Barrès, *Du sang, de la volupté et de la mort*, Paris, Plon, 1933, p. 47.

<sup>28</sup> *Cartas a Jiménez Ilundain*, Buenos Aires, 1949.

<sup>29</sup> “Signos de vida”, *La Lucha de clases*, 31 de octubre de 1896.

<sup>30</sup> “¡Fuera credos!”, *La Lucha de clases*, 10 de abril de 1897.

<sup>31</sup> Manuel Pérez Ledesma (comp.), *Antonio García Quejido y la Nueva Era. Pensamiento socialista español a comienzos de siglo*, antología, Madrid, Ediciones del Centro, 1974..

<sup>32</sup> *La Nueva Era*, 1901, pp. 107, 145, 169.

había pronunciado con motivo de su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, el de Altamira es una reflexión de especialista sobre “La imparcialidad histórica”<sup>33</sup>, y Unamuno entrega también la transcripción de su discurso en los Juegos Florales de Bilbao “Por la patria universal”<sup>34</sup>. Sus compañeros le reprocharán a veces a García Quejido su amplitud de miras<sup>35</sup>. Algunos de estos autores fueron invitados luego por Mariano García Cortés a colaborar en su revista bisemanal *La Revista Socialista*, en particular Sales y Ferré, Dorado Montero, Aniceto Sela, Adolfo Álvarez Buylla, Adolfo Posada y Rafael Altamira, y luego en *El Socialismo*. La constancia de estas colaboraciones prueba la confianza recíproca que llegó a establecerse entre los militantes socialistas y unos intelectuales considerados “compañeros de viaje”, aunque todos no eran miembros del PSOE.

### Trabajadores manuales y trabajadores “intelectuales”

Durante mucho tiempo el PSOE, fundado en 1888, otorgaría poca importancia a la reflexión teórica<sup>36</sup> y se dejaría llevar por el guesdismo francés. Sólo a principios de la segunda década del siglo XX perdería su coloración obrerista, que le aleja de preocupaciones culturales. Pretendió remediar modestamente esa carencia García Quejido cuando publicó su revista *La Nueva Era* en 1901 (en 1897, Álvaro Ortiz había creado una publicación efímera que publicó 25 números hasta el mes de septiembre, *La Ilustración del Pueblo*), para defender las ideas científicas del socialismo español, porque reconocía en su misma introducción el fracaso de cualquier movimiento especulativo a causa del retraso intelectual del país. Desde 1894, el PSOE dispone de *La Lucha de Clases* en Bilbao, de *La República Social* en Mataró (entre 1896 y 1898), y de otros títulos como *La Aurora Social* en Oviedo, donde aparecen algunas reflexiones teóricas destinadas a los militantes, textos de Marx o de Engels y de otros pensadores socialistas, franceses sobre todo, como Paul Lafargue y Gabriel Deville, cuyo *Resumen del Capital* contribuirá a la formación de los militantes del partido socialista obrero español. Estas traducciones se multiplican a partir de 1900<sup>37</sup>. Hasta esta fecha la prensa socialista publica folletos tales como la historia de la Internacional en España de Mora o *La Lucha de Clases*, una crónica anónima de la Comuna de París y más tarde, en 1896, algunos textos literarios, como el drama de Rich y Creus *Una huelga* en *La República social* o *La Lucha de Clases*, la novela de Timoteo Orbe, *Almas muertas* (primera versión de *Redenta*), que llamó la atención de Unamuno.

En 1887, Anselmo Lorenzo acudió al Ateneo barcelonés para dirigir en nombre de los obreros manuales una llamada a los obreros de la inteligencia para que aceptaran

<sup>33</sup> *La Nueva Era*, 1901, pp. 645-648.

<sup>34</sup> *La Nueva Era*, 1901, pp. 583-598; *OCE*, t. IX, pp. 818-82..

<sup>35</sup> E.F. Egocheaga, “El Pleito de Ríotinto. ¡¡Delito de opinión !!”, *Justicia Social*, núm. 223, 26 de septiembre de 1914, cité par M. Pérez Ledesma, *Antonio García Quejido y “La Nueva Era”...*, pp. 14-15.

<sup>36</sup> Carlos Serrano, “El partido socialista español et la culture (1890-1910), en Jean-Louis Guereña; Alejandro Tiana, *Clases populares, cultura, educación. Siglos XIX y XX*, Madrid, Casa de Velázquez-UNED, 1990, pp. 457-466.

<sup>37</sup> Pedro Ribas, *La introducción del marxismo en España*, Madrid, de la Torre, 1981.

las ideas de reivindicación y justicia de la clase obrera, advirtiéndoles que si no venían a ellos, los obreros irían a los intelectuales invadiendo su terreno, es decir, que las ideas de emancipación traspasarían los límites del periódico de combate para invadir el terreno de los géneros literarios. Este deseo se tradujo en 1900 por la publicación de una obra de Lorenzo titulada *El proletariado militante*<sup>38</sup>. La creación de una Asociación artística-socialista tuvo por objetivo despertar en la clase obrera, “embrutecida por el trabajo repetitivo”, la afición a las bellas artes y la aparición de grupos de teatro o de orfeones en las Casas del Pueblo. Pero hacía falta todavía vencer el recelo recíproco. García Quejido u Ortiz constituyen, con Morato, la primera promoción de intelectuales autodidactas orgánicos del PSOE, salidos de la clase obrera. Esto explica la dominación del obrerismo reforzado luego por el guesdismo. No obstante, los socialistas españoles afirmaron siempre la necesaria convergencia de las reivindicaciones de los trabajadores manuales con las de los trabajadores “intelectuales”.

El manifiesto del 1º de mayo de 1892, que publica el semanario *El Socialista*, afirma la identidad de intereses entre “obreros intelectuales, obreros agrícolas y obreros de la industria”. Pero el PSOE tardará en atraer a los intelectuales. A partir del año siguiente el número especial del 1º de mayo publica algunas reflexiones teóricas. Diez años después de Jaime Vera, de Unamuno en 1894, de José Verdes Montenegro, o del abogado Oyuelos, Pedro Dorado Montero también colabora en la prensa del partido. Por otra parte, la asimilación de los intelectuales a la clase obrera fue más bien un obstáculo para una real convergencia, en tanto que los socialistas no se interesaron por más clase social que la obrera. *El Socialista* de 4 de octubre de 1895 procura aleccionarles exponiéndoles el programa del partido. De hecho, hasta el momento la aportación teórica de los intelectuales españoles al socialismo es casi inexistente. A partir de 1898 aparecen, al lado de las de militantes o dirigentes socialistas, firmas de algunos intelectuales ajenos al partido, pero deseosos de contribuir a la cultura socialista, en los números especiales de *El Socialista*. Sus contribuciones son más importantes que las de las figuras extranjeras del movimiento socialista. Son escritores como *Clarín* y Costa, o universitarios como Altamira, juristas o economistas<sup>39</sup>. El lugar ocupado por las plumas españolas contrasta hasta 1902 (año en que la revista conoce sus primeras dificultades) con el evidente deseo de apertura de *La Nueva Era* a los autores franceses, alemanes o italianos.

El interés de los intelectuales por el socialismo se debe sin duda al éxito electoral de la social-democracia alemana y al prestigio de ciertos intelectuales de los partidos socialistas francés, italiano, alemán u austríaco –como Jean Jaurès, Antonio Labriola, e incluso Benedetto Croce (entonces simpatizante socialista), Franz Mehring o Víctor Adler y Otto Bauer–, pero también a la postura de los parlamentarios socialistas europeos –los grupos parlamentarios socialistas eran importantes en Gran Bretaña, en Alemania, en Francia, en Italia y en la Duma rusa– en las discusiones que suscitaba la tensión internacional; además, la revolución rusa de 1905 y los Congresos de la Internacional en Stuttgart (1907), Copenhague (1910) y Basilea (1912) habían merecido su atención. Se explica también por la evolución de los republicanos en el

<sup>38</sup> Prólogo y notas de Álvarez Junco, Madrid, Alianza ed., 1974.

<sup>39</sup> Rafael Altamira, “La imparcialidad histórica”, *La Nueva Era*, 1901, p. 645-648; Joaquín Costa, “La ignorancia el derecho”, *La Nueva Era*, 1901, p. 107-111, 145-148 y 169-173.

momento de la creación de la *Conjunción republicano-socialista* en 1910. Esta alianza permitió la entrada en el Parlamento de Pablo Iglesias y Benito Pérez Galdós, que acababa de reconocer que el porvenir estaba en el socialismo. Por fin, algunos socialistas habían sido elegidos en los ayuntamientos y las diputaciones provinciales.

Por otra parte, los contactos del grupo *institucionista* de Oviedo, que había organizado la *Extensión universitaria* —Clarín, Rafael Altamira, Aniceto Sela, A. Álvarez Buylla, Adolfo Posada— con los militantes socialistas, y, en particular, por el intermediario del *Instituto de Reformas Sociales*, donde se hallaba Adolfo Posada, se hicieron más frecuentes y contribuyeron al acercamiento de los militantes socialistas a los hombres de cultura<sup>40</sup>. De ahora en adelante, los jóvenes intelectuales no ocultan el respeto que les inspira el partido de los obreros. Ortega y Gasset, Ramón Carande, Francisco Bernis, Pablo y Justino de Azcárate, Manuel García Morente, siguen con interés la evolución de aquél, mientras otros jóvenes catedráticos no tardarán en hacerse militantes, como Julián Besteiro, Andrés Ovejero o Fernando de los Ríos. Lo cual no significa que el partido no hubiera sido capaz de formar previamente algún cuadro que llegara a ser verdaderos intelectuales, capaces de exponer la doctrina marxista y de practicar un esfuerzo de reflexión en el ámbito de la economía política o de la historia, tales como Álvaro Ortiz, director de la revista *La Ilustración del Pueblo*, fundada en 1897, que tomará al año siguiente el título de *La Ilustración Popular*; o los tipógrafos Antonio García Quejido, el fundador de la revista *La Nueva Era* en 1901, o Juan José Morato, que fue de 1889 a 1901 el administrador de *El Socialista*. Pero los socialistas conciben todavía sus relaciones con los intelectuales en términos de adhesión absoluta o de colaboración puntual en la prensa socialista, en particular el 1º de mayo.

### Anti-intelectualismo y militantismo intelectual

Altamira matiza su entusiasmo inicial reconociendo que la cultura popular “tiene, entre sus defensores y propagandistas, hombres vanidosos, que sólo buscan una manera más de ostentar su persona y recoger aplausos; hombres de segunda intención que tratan de crearse un público afecto, cuya utilización piensan hacer algún día para otros fines; hombres que siguen la corriente porque es nueva, porque parece de moda, o porque no digan que sustraen de colaborar en una obra beneficiosa”.<sup>41</sup> Pero algunos recuerdan también que un artículo de los estatutos de la Agrupación Socialista Madrileña, elaborados en 1881 y que seguían vigentes veinte años después, excluía de toda responsabilidad y de toda representación a los “obreros intelectuales”<sup>42</sup>. El despecho de Baroja lo sugiere también cuando excl-

<sup>40</sup> Jean-Louis GUEREÑA, “Clarín en la Extensión Universitaria Ovetense (1898-1901)”, Clarín y la Regenta en su tiempo, Universidad de Oviedo, 1984, p. 155-176.

<sup>41</sup> Cuestiones obreras, Valencia, Prometeo, 1914., p. 30.

<sup>42</sup> No se admitían a todos los trabajadores manuales en el PSOE. No había sitio para ciertas profesiones. Este prejuicio fue tenaz, según lo sugiere Ramón Pérez de Ayala: “Nunca en caletre de ayuda de cámara se habían albergado tan nobles ambiciones. Sus primeros ensayos literarios segregaban virus revolucionarios. Quiso hacerse socialista; pero en el comité de Pilares le dijeron que ni los católicos ni los lacayos podían pertenecer al partido.” (R. Pérez de Ayala, *La pata de la raposa*, O.C., t. I, Madrid, Aguilar, 1963, p. 242).

ma: “El socialismo obrero odiaba a los intelectuales y hasta a la inteligencia<sup>43</sup>”. La primera discriminación puede entenderse por el materialismo profesado por los socialistas. La segunda procede del párrafo tercero del artículo 13 de la Constitución francesa del año III<sup>44</sup>. Por otra parte, el PSOE cultiva una imagen sobria y austera<sup>45</sup>.

Los órganos militantes hablan duramente de los intelectuales aunque no rehusan el debate ni les cierran sus columnas. Encontramos, por ejemplo, las firmas de Unamuno y Araquistáin, de Alborno, Maeztu, Baroja y Zulueta, incluso en los tiempos difíciles del obrerismo estricto, respectivamente en *La Lucha de clases* y *El Socialismo*, en *La Aurora Social*, y *Tierra y Libertad*. Baroja explica que se odie a los artistas porque “gozan del privilegio de vivir sin trabajar (de aquí su criterio reaccionario en política)”. Lo cual viene a recalcar la ambigüedad de las relaciones del intelectual con lo que se llama genéricamente el pueblo. De hecho los intelectuales son percibidos y descritos como unos seres que” pretextando la posesión de una superioridad mental se constituyen en minoría aparte, titulándose pomposamente “minorías inteligentes”, lo cual no es la mejor manera de lograr la igualdad social<sup>46</sup>. Y sólo merecen “una sonrisa compasiva” de parte de los periodistas de la clase obrera. Leemos este retrato caricaturesco en *Tierra y Libertad*: “No es posible formarse una idea completa de un intelectual moderno sin tener en cuenta lo que le caracteriza y distingue de la masa: los oportunos lentes, luengas melenas y un inmenso bagaje de frases sonoras<sup>47</sup>. Y el periodista se burla de lo que llama “la fiebre de intelectualismo que padecen la mayoría de aspirantes a superhombres, pretendiendo subordi-

<sup>43</sup> Pío Baroja, *Divagaciones apasionadas*, 1924, O.C., op. cit.

<sup>44</sup> El artículo 13 de la Constitución del 5 de Fructidor (año III, 22 de agosto de 1795) precisa: “L’exercice des Droits de citoyen est suspendu: 1° Par l’interdiction judiciaire pour cause de fureur, de démence ou d’imbécillité; 2° Par l’état de débiteur failli ou d’héritier immédiat, détenteur à titre gratuit, de tout ou partie de la succession d’un failli; 3° Par l’état de domestique à gage, attaché au service de la personne ou du ménage etc.” (Lo subrayado es nuestro). Tal disposición es nueva, no figura en el artículo 6 de la Constitución de 1791, ni en el artículo 5 de la de 1793. El artículo 16 también es original puesto que niega a medio plazo la ciudadanía a los analfabetos: “Les jeunes gens ne peuvent être inscrits sur le registre civique, s’ils ne prouvent qu’ils savent lire et écrire, et exercer une profession mécanique. Cet article n’aura d’exécution qu’à compter de l’an XII de la République”

La Constitución de Cádiz adoptó, en 1812, las mismas disposiciones en su artículo 25: “El ejercicio de los mismos derechos se suspende 1° En virtud de la interdicción judicial por incapacidad física o moral. 2° Por el estado de deudor quebrado o de deudor a los caudales públicos. 3° Por el estado de sirviente doméstico. 4° Por no tener empleo, oficio o modo de vivir conocido. 5° Por hallarse procesado criminalmente. 6° Desde el año de mil ochocientos treinta deberán saber leer y escribir los que de nuevo entren en el ejercicio de los derechos de ciudadano.” La postura de los socialistas en cuanto a la colonización, jamás condenada como tal, recuerda la de las Cortes constituyentes, que había distinguido, el 24 de septiembre de 1791, entre los colonos blancos y los esclavos de color negándose a otorgar a éstos los derechos cívicos.

<sup>45</sup> Les estaba prohibido a sus miembros emborracharse y frecuentar prostíbulos. Algunos estudios han mostrado que no se respetaban siempre estas normas. Géraldine SCANLON, *La polémica feminista en la España contemporánea*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 236. Manuel PÉREZ LEDESMA, “La cultura socialista en los años veinte”, Actas del IX coloquio de Historia contemporánea de España, dirigido por M. Tuñón de Lara, J.L. García Delgado ed., *Los orígenes culturales de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1993, p.149-198. Michel RALLE, “Les socialistes madrílènes au quotidien”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Madrid, t. XVII, 1981, p. 321-345 et t. XVIII/1, 1982, p. 229-257.

<sup>46</sup> Federico Fructidor, “Los intelectuales”, *Tierra y Libertad*, Barcelona, 25.I.1911, p. 1.

<sup>47</sup> *Ibid.*

nar a su voluntad las innumerables fuerzas proletarias que luchan para fines más prácticos y elevados”.

Los anarquistas, en realidad, dudan entonces de la necesidad de estos “llamados intelectuales” que se valen egoístamente de su saber en las luchas entre el capital y el trabajo, asegurando que “*el pueblo irá abriéndose camino por sus propias fuerzas. Llegan incluso mucho más lejos “esas inteligencias superiores viene a ser como una especie de filoxera ocupada en destruir el viñedo de las grandes ideas sociales”*”. Tierra y Libertad matizará sin embargo esta postura al comentar, bajo la pluma de Eduardo G. Gilimón, la famosa conferencia que dio Ramiro de Maeztu en el Teatro Principal de Barcelona el 5 de marzo de 1911, y en la que se quejaba desde un enfoque fabiano de que en España los intelectuales siguieran apartados del socialismo<sup>48</sup>. De hecho Gilimón niega a los intelectuales cualquier capacidad para erigirse en clase rectora de la sociedad, aunque sí reconoce que “en cambio hacen falta (los intelectuales) para ilustrar a los obreros”<sup>49</sup>.

Pero Ortega explica, en 1912, su negación a adherirse al PSOE por la poca consideración que tenía el partido por los intelectuales, hasta constituir una excepción en Europa<sup>50</sup>. Tal característica no le había escapado a Vicente Barrio, en 1902, y la explicaba por el dinamismo de los “obrerros manuales”, que se hacen entender mejor de sus camaradas que los “obrerros intelectuales” que no tienen el monopolio de la inteligencia<sup>51</sup>. En 1913, Ortega hace una diferencia entre la ideología y la organización socialistas. Distingue entonces, como Unamuno en 1896<sup>52</sup>, entre varias corrientes dentro del movimiento socialista –el PSOE sólo representaría una de ellas–, antes de concluir que la misión del socialismo habrá sido destruir la estructura social que impide que gobiernen los mejores: “Y el socialismo habrá sido el encargado de preparar el planeta para que broten de él nuevamente aristocracias”<sup>53</sup>. Tras la publicación por Ortega del manifiesto de la Liga de Educación Política y su famoso discurso del Teatro de la Comedia, *El Socialista* manifiesta su decepción frente a la postura reformista y a la irresolución de filósofo: “*El partido socialista, en España como en China, a pesar de las corrientes revisionistas, es un partido de clase. Y no hay más. Se está con la clase obrera o se está con la clase burguesa*”<sup>54</sup>. Este malestar se transforma rápidamente en hostilidad manifiesta: “*Realmente, nosotros, no hemos sufrido una decepción más porque nada esperábamos de él, como nada esperábamos de los de su casta. No borramos la frase: los de su casta. La casta intelectual española es incapaz de nada generoso, su corazón no late al unísono con el del pueblo porque no tiene corazón*”, acusa Andrés Saborit<sup>55</sup>, quien tanto admiró sin embargo a Julián Besteiro, el filósofo neokantiano que era a la sazón líder del sindicato socialista.

<sup>48</sup> R. de Maeztu, “Obreros e intelectuales”, *Liberalismo y socialismo*, ed. de Inman Fox, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1984, p.86-113.

<sup>49</sup> Eduardo Gilimón, “Intelectuales y obreros”, *Tierra y Libertad*, 22 de marzo de 1911, p.2.

<sup>50</sup> “Miscelánea socialista”, *El Imparcial*, 30 de septiembre, 6 de octubre de 1912, O.C., t. X, p. 200-206.

<sup>51</sup> Vicente Barrio, “Los intelectuales y el Socialismo”, *La Nueva Era*, 1902, p. 216-219. El año anterior la revista había publicado un texto de C. Kautsky, “Intelectuales y proletarios”, p. 357.

<sup>52</sup> M. de Unamuno, “Signo de vida”, *La Lucha de Clases*, Bilbao, 31 de octubre de 1896.

<sup>53</sup> “Socialismo y aristocracia”, *El Socialista*, 1º de mayo de 1913, O.C., t. 10, p. 238-240.

<sup>54</sup> *El Socialista*, 19 de octubre de 1913.

<sup>55</sup> “Ortega y Gasset, monárquico”, *Acción Socialista*, 28 de marzo de 1914, p. 3.

Sea por su impaciencia para denunciar la apatía del pueblo víctima del caciquismo, sea por el idealismo de las soluciones que proponen –como le reprocha el cronista de *El Socialista* a Ortega después de la publicación de sus artículos en *El Sol* en 1927–, se acusa genérica o individualmente a los intelectuales de egoístas<sup>56</sup> e hipócritas o, más suavemente, se les reprocha su desconocimiento de la realidad:

“No es que el pueblo no quisiese votar; es que no le dejaban votar libremente. No es que no le interesase al pueblo la vida pública; es que le prohibían intervenir en ella. Conocemos a muchos hombres que no saben escribir tan bien como Ortega y Gasset, pero que seguramente tienen más conciencia de lo que es la política que él, que se han jugado muchas veces su pan y el de su familia en defensa del derecho electoral. Si esos artículos estuviesen escritos especialmente para matar el optimismo del pueblo, que anhela su redención, y para servir a la reacción, no le saldrían mejor al señor Ortega y Gasset. Y luego blasonan de liberales estos intelectuales. De liberales y radicales. Cuántos campesinos, de esos que (sic) el señor Ortega y Gasset niega capacidad para votar, se reirán al leer sus artículos<sup>57</sup>”.

Pero más allá de esta acusación de fatuidad, de parasitismo o de incompreensión de las masas populares, de sus organizaciones sindicales<sup>58</sup> y medios de lucha que hacen los militantes a aquellos que llaman “intelectuales de cartel” (Maeztu considera que la huelga general es un mito, y trata de probar que el sindicalismo revolucionario es “anti-intelectual y anti-inteligente”, cuando los órganos obreros repiten que la buena voluntad de los intelectuales es inútil “mientras perdure el sistema actual”<sup>59</sup>), se perfila otra crítica, la de una izquierda radicalizada que reprocha a los intelectuales su frivolidad, su claudicación o su inconsecuencia, pasando a servir como “verdaderos intelectuales a sueldo”<sup>60</sup>, “mercenarios apologistas de un código atávico y una tradición absurda” (no se decía todavía orgánicos) al régimen y la clase social que habían combatido. De este transfuguismo, esta traición que se reprocha a la sazón a Azorín, *Claudio Frollo* o Julio Camba, serán también protagonistas a lo largo del primer tercio de este siglo varios de ellos, siendo el caso más famoso el de Maeztu, pero se puede citar también a Pérez Solís etc. Otro motivo de incompreensión con los intelectuales es su supuesta cobardía, al no atreverse a destruir el orden antiguo, lo que se reprocha por ejemplo a “un grupo destacado de intelectuales, hombres de arte y de ciencia, hombres cumbres, pertenecientes, por cierto, a una

<sup>56</sup> “Conocemos a fondo esos maquiavelismos; es el titánico esfuerzo de los titulados intelectuales. Educados en un ambiente de hipocresía, nutridos solamente de preocupaciones, no tienen la fuerza de convicción necesaria para despojarse de su bajo orgullo y poner sus conocimientos, si de tales puede llamarse el bagaje de eruditismo que padecen, al servicio de los desheredados, de los humildes, desarrollándoles su inteligencia, haciendo de ellos hombres fuertes y conscientes y elevándoles al debido nivel intelectual para que puedan lograr de común acuerdo la participación en el patrimonio universal a que tienen perfecto derecho” (*Ibid.*).

<sup>57</sup> “La realidad que descubre Ortega y Gasset”, *El Socialista*, 27 de enero de 1928, p.4.

<sup>58</sup> Por ejemplo, “un sindicalista” anónimo reprocha a Maeztu su “desconocimiento completo de la actual organización separada de la política, que ya en todo el mundo se conoce bajo el nombre de sindicalismo” (“Un intelectual equivocado”, *Tierra y Libertad*, 10 de abril de 1912).

<sup>59</sup> Benito Alabuenaga “Intelectuales e inteligentes”, *Tierra y Libertad*, mayo de 1912.

<sup>60</sup> L. Soler, “Acuación socialista. Intelectuales a sueldo”, *Tierra y Libertad*, 20 de marzo de 1912, p. 2.

“manera” que se está pasando (...) “*parvenus*“ de la República ante el pueblo “ de favorecer la elaboración de una constitución supuestamente reaccionaria<sup>61</sup>. Y el mismo autor exclama en otro artículo: “¡Cuán justificado está el desprecio de los comunistas por los intelectuales!”<sup>62</sup>. Rechazado por la burguesía por traidor a su clase y por el proletariado por su calidad de burgués, el intelectual llega a ser un personaje molesto, que tiene problemas de ubicación y, por consiguiente, de identidad.

## Rebelión literaria y solidaridad con los oprimidos: el anarquismo

Los jóvenes rebeldes de finales de siglo, Martínez Ruiz (el futuro *Azorín*), Baroja, Maeztu, fueron primero atraídos por el anarquismo, al que Giner dedicó una clase en 1900-1901 que suscitó muchos comentarios, el cual ocupaba el territorio que había dejado vacante el republicanismo federal y se organizaba alrededor de sus antiguos líderes: Pí y Margall, Salvochea (sabido es, por ejemplo, que los hermanos Machado conocieron a éste en casa de Eduardo Benot a finales del siglo XIX). Su interés por aquella doctrina se traduce, a finales del siglo pasado, por un compromiso a favor de los grandes principios: libertad, solidaridad, progreso. No se mantendrá mas allá del primer lustro del siglo XX después de haberse expresado por la traducción de algunos folletos y la publicación de algunos artículos en la prensa militante. Este episodio, que es un hecho puntual, corresponde a un período de rebelión inicial. Se caracteriza por una extrema confusión doctrinal y no tiene ninguna consecuencia sobre el itinerario posterior de aquellos jóvenes intelectuales. Al contrario, Unamuno expresa todo el desprecio que le inspiran los activistas anarquistas mientras Maeztu piensa en dotarse de los medios necesarios para contrarrestar los progresos de esta doctrina.

Sería exagerado pretender que unos cuantos jóvenes intelectuales, atraídos a finales de siglo por el anarquismo por razones sentimentales y estéticas<sup>63</sup>, fueron anarquistas, aunque algunos pretendieron contribuir por sus escritos a la difusión de la doctrina anarquista, desde Julio Camba, director del semanario *El Rebelde*, entre 1903 y 1904, hasta José Martínez Ruiz quien habla ampliamente de Kropotkine desde 1894<sup>64</sup>, y cuya conferencia sobre las cárceles traduce en 1897. También comenta con fervor la obra del ex jesuita Sébastien Faure, *La Douleur universelle* (1895), que encuentra la causa de los males de la sociedad en las instituciones. A primera vista, el influjo del francés Augustín Hamon, de quien traduce la conferencia *De la Patria* en 1896, parece también notable. Pero en el opúsculo de Martínez Ruiz *Anarquistas literarios*, es

<sup>61</sup> Francisco Baleriola, “Atalaya, Los intelectuales y la política”, *Nosotros*, Madrid, n°43, 23 de mayo de 1931.

<sup>62</sup> Francisco Baleriola, “Atalaya. Pro frente único revolucionario”, *Nosotros*, Madrid, n°53, 1 de agosto de 1931.

<sup>63</sup> Sobre la evolución del pensamiento anarquista, véase Federico URALES (Juan Montseny), *La evolución de la filosofía en España*, Barcelona, 1934 (1ª. publicación en *La Revista Blanca* en 1901-1903); José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, 2ª ed., 1991; Rafael Pérez de la Dehesa, “Azorín y Pi y Margall”, *Revista de Occidente*, núm. 78, septiembre de 1969, p. 353-362; Carlos Blanco Aguinaga, “Los primeros libros de Azorín”, *Juventud del 98*, Madrid, Siglo XXI, 1970.



evidente que el escritor comparte su interés por la doctrina anarquista con su mentor, el catedrático de Salamanca Pedro Dorado Montero, traductor de la obra del alemán Paul Eltzbacher. ¿Cuál es la índole del anarquismo del joven Martínez Ruiz? No se adhiere al mesianismo impaciente de Kropotkine pero piensa que la marcha de la humanidad hacia el anarquismo será lenta. Desconfía del materialismo de Marx, que limita, lo mismo que Unamuno o Machado, a la “cuestión del pan”.

Unamuno publica en la misma época, entre enero y junio de 1896, cuatro artículos en la revista anarquista de Barcelona, *Ciencia Social*, invitado por Corominas<sup>65</sup>. El último número —el noveno— de la revista fue secuestrado por la policía tras el atentado de la calle de Canvis Nous, el 7 de junio de 1896, que produjo una quincena de víctimas. Se acusó y se detuvo a la redacción de *Ciencia Social*. Corominas fue condenado. Unamuno hizo campaña a favor suyo, incluso fue a ver a Cánovas<sup>66</sup>, acusando a las autoridades de anti-intelectualismo primario. Mantuvo también una breve correspondencia con Anselmo Lorenzo, que se malogró en cuanto éste hizo apología del ateísmo<sup>67</sup>. Unos años más tarde se produjo la ruptura entre ellos después de los propósitos hostiles al anarquismo de Unamuno en una conferencia del otoño de 1906<sup>68</sup>.

Federico Urales también solicita el concurso de Unamuno para la revista *Evolución Intelectual* que quiere fundar, y luego para la *Revista Blanca*<sup>69</sup>. Insistió hasta 1903, animado sin duda por una respuesta que le diera éste algún día:

“ [...] mis lecturas de economía (más que de sociología) me hicieron socialista, pero comprendí que mi fondo era y es, ante todo anarquista. Lo que hago es que detesto el sentido sectario y dogmático en que toma esta denominación. El dinamitismo me produce repugnancia (...) Un Bakunin me parece un loco peligroso. El anarquismo de Ibsen me es simpático, y más aún el de un Kierkegaard, el poderoso pensador danés, de quien, ante todo, se han nutrido Ibsen y Tolstoi. Tolstoi ha sido una de las almas que más hondamente han sacudido la mía; sus obras han dejado una profunda huella en mí”<sup>70</sup>.

Más tarde Unamuno dirá toda la aversión que le inspira esta doctrina: “*Y no hablo de anarquismo, porque ésta ha llegado a ser, entre nosotros, en fuerza de tonterías y*

<sup>64</sup> José Martínez Ruiz, “Kropotkine. *La conquête du pain*”, *Bellas Artes*, Valencia, 17 de noviembre de 1894.

<sup>65</sup> “La dignidad española”, núm. 4, enero de 1896; “La crisis del patriotismo”, núm. 6, marzo de 1896; “La juventud intelectual española”, núm. 7, abril de 1896; “Civilización y cultura”, núm. 9, junio de 1896; *O.C.*, Escelicer, t. I, p. 971-997.

<sup>66</sup> Unamuno escribió a Cánovas el 28 de noviembre de 1896 y éste le contestó el 9 de diciembre (Casa-Museo Unamuno). Pere Corominas, “La trágica fi de Miguel de Unamuno”, *Revista de Catalunya*, núm. 83, 15 de febrero de 1938. V. también la correspondencia entre Corominas y Unamuno, publicada por Joan Corominas, *Bulletin Hispanique*, núm. LXI, 1959, p. 386-436, y núm. LXII, 63, 1960, p. 43-77, que consta de once cartas de Unamuno y veintitrés de Corominas.

<sup>67</sup> Carta de Anselmo Lorenzo del 17 de noviembre de 1895, *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes obreros a Miguel de Unamuno*, ed. de M<sup>a</sup> Dolores Gómez Molleda, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1980, p. 339-341.

<sup>68</sup> Carta de Anselmo Lorenzo del 21 de octubre de 1906, *ibid.*, p. 341-345.

<sup>69</sup> Carta del 1<sup>o</sup> de mayo de 1898, *ibid.*, p. 359.

<sup>70</sup> Carta citada por Federico Urales, *La evolución de la filosofía en España*, Barcelona, 1934, t. II, p. 207-208.

de brutalidades una palabra sin sentido claro”.<sup>71</sup> Es sobre todo con la pluma cómo estos jóvenes pretenden hacer la revolución, según lo recuerda Baroja: “*La única arma eficaz revolucionaria es el papel impreso*”<sup>72</sup>. No se trata sólo para ellos de “épater le bourgeois”, sino, definiéndose como “anarquistas literarios”, según la expresión del futuro Azorín, de señalar una vía nueva para el escritor: la crítica social. Ésta tiene fuertes connotaciones románticas: “*Cuando en todos los órdenes de la vida se lucha, ¿cómo no habría de lucharse también en el arte ? [...] la literatura moderna es esa: una literatura en pro de ideales nobles y santos, una literatura épica*”<sup>73</sup>. Hay que tomar estas afirmaciones con cautela, porque Martínez Ruiz no duda en colocar a Lope de Vega en compañía de Moratín y de Larra entre los rebeldes famosos<sup>74</sup>. Al reivindicar valores anarquistas genéricos, José Martínez Ruiz no hace prueba de gran rigor doctrinal y confunde de buen grado el anarquismo y el republicanismo federal, de donde vienen los primeros doctrinarios españoles. Pero se encuentra de nuevo esta confusión en el discurso militante que recurre a menudo a una terminología lo suficientemente imprecisa como para causar unanimidad y mantener la fe de los correligionarios, que es en la mayoría de los casos la expresión de un sentimiento de autonomía de artesanos y obreros frente al desarrollo de la sociedad industrial en España<sup>75</sup>. Martínez Ruiz no precisa nunca cuál podría ser el alcance de sus reivindicaciones ni las modalidades de una ruptura eventual con el orden establecido que está denunciando. Pero su compromiso va más allá de la expresión genérica de su solidaridad con los oprimidos y de su deseo reiterado de contribuir, como Baroja, a la destrucción del orden establecido. De paso hace la apología del amor libre: “*Yo voto por el amor libre y espontáneo, por la independencia de la mujer, igual al hombre en educación y en derecho, por el placer de las pasiones sinceras; por el goce pleno de la Naturaleza, maestra de la vida*”<sup>76</sup>. Martínez Ruiz quiere contribuir a la propagación de esta ideología que distingue del marxismo:

“Los comunistas anarquistas tienen por ideal el comunismo libertario, sin gobierno, sin autoridad. La mayoría de entre ellos son revolucionarios que pretenden hacer tabla rasa de la sociedad actual para establecer el comunismo. Se diferencian de los socialistas alemanistas sencillamente por su táctica, porque no aceptan como estos últimos el parlamentarismo, como medio de agitación. [...] Nosotros no luchamos por la dominación, no queremos reemplazar lo que existe por una nueva forma de dominación. No queremos leyes”<sup>77</sup>.

La expresión de este credo plural y voluntad de acercamiento de los directores de revistas militantes revela todavía una rebelión individual. Azaña se acuerda de un energúmeno que vociferaba en el *Ateneo*, durante algunos debates en torno a la cues-

<sup>71</sup> Ibsen y Kierkegaard, O.C., Aguado-Vergara, *op. cit.*, t. IV, p. 426.

<sup>72</sup> Pío Baroja, O.C., t. V, *op. cit.*, p. 217.

<sup>73</sup> José Martínez Ruiz, *Notas sociales*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1895, pp. 7 y 11

<sup>74</sup> José Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1895, p. 11.

<sup>75</sup> P. Aubert *et alii*, *Anarquismo y poesía en Cádiz bajo la Restauración*, Jacques Maurice (ed.), Córdoba, ed. de la Posada, 1986, p.129.

<sup>76</sup> José Martínez Ruiz, “Crónica”, *El País*, 23 de enero de 1897.

<sup>77</sup> José Martínez Ruiz, “Crónica”, *El País*, 3 de enero de 1897.

tión social, un eslogan que ya había adoptado Álvaro de Albornoz, impaciente por pasar a la acción<sup>78</sup>: “Y entre Urales y la Gustavo, un joven entrerubio, rasurado, impávido, que si lo aludía un adversario erguía en el escaño y, abiertos los brazos, exclamaba:”; “Yo soy hombre de acción, no de palabra!” “El hombre de acción, de pocas palabras, era don José Martínez Ruiz, todavía sin seudónimo.”<sup>79</sup> Unos años más tarde, lejos ya de su prurito anarquista, alabará la política autoritaria de Juan de la Cierva.

Maeztu, atraído un momento por el movimiento anarquista no tarda en participar a sus amigos los temores que le inspira la progresión de ideas anarquistas a principios de siglo. Después de haber comprobado la abundancia de clásicos del anarquismo (Kropotkine y Bakounine) en las librerías en compañía de autores españoles (Federico Urales –Juan Montseny–, Teobaldo Nieva, o Fermín Salvochea) y la difusión importante de sus obras –se habrían vendido 20 000 ejemplares de la versión española de *La conquête du pain* de Kropotkine–, denuncia el peligro que éstos constituyen para la sociedad, a la que aconseja hacer todo lo que pueda para que aquellos miembros que se hubieran dejado seducir vuelvan al redil. Luego enumera algunos remedios para combatir la propaganda anarquista, pero descarta el recurso a la fuerza y pone toda su esperanza en el desarrollo de la cultura<sup>80</sup>.

### Acción cultural: los intelectuales y el socialismo

Las bibliotecas obreras que nacen a finales del XIX expresan la demanda de lectura y de instrucción de una minoría<sup>81</sup>. Recíprocamente los intelectuales que son sensibles a la condición laboral y al estado de ignorancia del obrero proclaman que la emancipación económica de éste pasa por la instrucción. Se dirigen a la clase obrera con el doble deseo de verla beneficiarse de una legislación social y de proporcionarle un programa de instrucción. La *Extensión Universitaria* de Oviedo organizada a principios de siglo no tenía otro fin: “Al obrero como tal y como hombre, le importan también otras cosas que las relativas al capital y al trabajo y, por consiguiente, se le plantean, en la inteligencia y en la vida, muchas “cuestiones” de trascendencia que no son las estrictamente económicas.”, proclama Rafael Altamira en 1901<sup>82</sup>. En 1918, Juan José Morato, el futuro historiador del PSOE, habla con énfasis de los intelectuales que pronuncian conferencias en la *Escuela Nueva*, creada en 1911 por Manuel Núñez de Arenas<sup>83</sup>:

<sup>78</sup> Álvaro de Albornoz, *No liras, lanzas*, Madrid, Lib. gal. de Victoriano Suárez, 1903.

<sup>79</sup> M. Azaña, “Tres generaciones del Ateneo”, *O.C.*, t. I, p. 630.

<sup>80</sup> Ramiro de Maeztu, “El ideal anarquista en España”, *El Imparcial*, 28 de noviembre, 6 de diciembre, 16 de diciembre, 19 de febrero de 1901. Véase Lily LITVAK, *Musa libertaria. Arte y vida cultural del anarquismo español*, Barcelona, Antoni Bosch ed., 1981, 450 p.

<sup>81</sup> José Carlos Mainer, “Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)”, *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Torres, 1977, p. 173-239.

<sup>82</sup> Rafael Altamira, Discurso leído en la apertura de curso de la Escuela Ovetense de Artes y Oficios, enero 1901, *Cuestiones obreras*, Valencia, Prometeo, 1914, p. VIII. *Lecturas para obreros (indicaciones bibliográficas, consejos)*, Madrid, Imprenta de Inocente Calleja, Biblioteca de la Revista Socialista, II.

<sup>83</sup> Juan José Morato, *El Partido Socialista Obrero*, Madrid, Ayuso, 1976, y *O.C.*

“Son hombres llenos de voluntad ilustrada que ven los males del país”, “hombres serios, estudiosos, dignos, austeros”, “gente leal y casi inmaculada”, “hombres ilustres de buena voluntad”, “hacen obra de abnegación, de amor al bien, a la verdad, a la belleza”.

Pero en estos años Romain Rolland y Charles Péguy<sup>84</sup> proclamaban el fracaso de las universidades populares en Francia<sup>85</sup>. Decepcionado por la universidad popular madrileña, Besteiro comprobaba:

“Salvo honrosas excepciones, los profesores de la universidad popular no pueden ofrecer a los obreros otra cosa que sesiones de hipnotismo, por supuesto sin sugestión. No pueden sugerir una idea porque no la tienen; no pueden despertar una pasión porque carecen de ellas. [...] Son ejemplares corrientes de nuestra clase media, de esta clase media sin personalidad y sin carácter, que no ha sabido vivir otra vida que la puramente imitativa, la vida de los niños, la vida de los monos. De aquí resulta que los profesores de la Universidad Popular son más bien inferiores que superiores a sus discípulos<sup>86</sup>.”

Naturalmente, ir hacia el pueblo presupone que se viene de otro lugar, y la dolorosa comprobación de esta alteridad no deja de cohibir al militante obrero que se daría cuenta de que vive en grupos sociales dominados; sensación que resumía Julián Besteiro en 1907 concluyendo su artículo sobre la universidad popular: “Hay que desconfiar de la sabiduría y del amor que viene de lo alto<sup>87</sup>.” El intelectual liberal es un educador que considera que el problema de España es un problema de cultura y que se podría alcanzar cierta armonía social y el liberalismo político mediante un buen programa de instrucción, o al menos despertar el interés de sus coetáneos con la enunciación de unos principios verdaderos.

En Francia, donde se crean 222 universidades populares entre 1899 y 1914, se levantan algunas voces para condenar esta experiencia cuando sirve de entretenimiento a algunos miembros de la burguesía y para obligar a los estudiantes socialistas a participar exclusivamente en las universidades populares socialistas<sup>88</sup>. Pero Jaurès, al contrario, les invita a estar presentes en todos los terrenos de lucha<sup>89</sup>. Y aquella nueva sociabilidad que representaba la universidad popular contó con el apoyo de muchos universitarios. El interés que manifestaron los intelectuales por el

<sup>84</sup> Según Romain Rolland, estas universidades “servaient aussi de débouchés pour un esthétisme ultra-aristocratique. [...] On voulait l'avènement du peuple pour rajeunir la pensée et pour régénérer la race. Et l'on commençait par lui inoculer tous les raffinements de la bourgeoisie! Il les prenait avec avidité, non parce qu'ils lui plaisaient, mais parce qu'ils étaient bourgeois”. (*Jean Christophe*, Paris, Albin Michel, 1948, p. 767) En cuanto a Péguy, molesto por el comportamiento de los intelectuales desde el *Affaire Dreyfus*, apuntaba: “Autant que personne je sais combien ces efforts d'instruction et de moralisation, ces Universités populaires et toutes autres... autant que personne je sais combien ces efforts bourgeois, intellectuels, distillés d'en haut sur le monde ouvrier, étaient factices, vides, vains, creux, combien ils étaient artificiels, superficiels” (“Notre jeunesse”, *Cahiers de la Quinzaine*, 12 cahier, 11 série).

<sup>85</sup> Lucien Mercier, *Les universités populaires : 1889-1914. Education populaire et mouvement ouvrier au début du siècle*, Paris, Les éditions ouvrières, 1986.

<sup>86</sup> Julián Besteiro, art. cit.

<sup>87</sup> Julián Besteiro, *El Intransigente*, 6 de abril de 1907. Citado por Andrés Saborit, *El pensamiento político de Julián Besteiro*, Madrid, Hora H, Seminarios y ediciones, 1974.

<sup>88</sup> Camille Polack, *La Revue Socialiste*, n°191, noviembre de 1900.

<sup>89</sup> Jean Jaurès, *Le Mouvement Socialiste*, 1° de diciembre de 1900.

mundo obrero a lo largo de la primera década es patente. Numerosas conferencias y la cantidad de artículos titulados “Intelectuales y obreros”, “La función de los intelectuales”, “Obreros e intelectuales”, debidos en particular a Ramón Pérez de Ayala, Ramiro de Maeztu, Álvaro de Albornoz e incluso Antonio Machado bastan para demostrarlo<sup>90</sup>. Esta atracción se ha concretado, a pesar del éxito inicial del Partido Reformista, con la adhesión de muchos de ellos al PSOE a principios de los años diez, después de la experiencia difícil que hicieron Jaime Vera, o Miguel de Unamuno, en la última década del siglo XIX. Según lo recuerda Manuel Tuñón de Lara: “No se trata de una acción unilateral del intelectual sobre la sociedad, sino de una interacción recíproca : el diario y la conferencia popular pondrán en contacto al intelectual con la calle y lo sacarán del medio cerrado de sus tertulias, sus teatros, sus discusiones en círculo vicioso.”<sup>91</sup> Recíprocamente los obreros acaban venciendo su desconfianza para con aquellos “apóstoles de la cultura” y procuran atraer a quienes Pablo Iglesias llama “los obreros intelectuales”.

Aunque haya contrarrestado, en enero de 1886, los deseos del más famoso de los intelectuales socialistas, Jaime Vera, que preconizaba una alianza parecida a lo que fue luego la *Conjunción Republicano-Socialista*, y pensaba que el diario del partido y el partido tenían que combatir a los gobiernos y ser benevolentes para con los partidos republicanos<sup>92</sup>, Pablo Iglesias rechazó todas las acusaciones de anti-intelectualismo de las que fue objeto<sup>93</sup>. Se valdría a menudo, a partir de 1917, de la expresión “obreros intelectuales”, insistiendo siempre en sus condiciones de vida difíciles<sup>94</sup>. Esta distinción entre lo manual y lo mental (aunque Iglesias acabó alabando la dignidad y la solidaridad de los “trabajadores intelectuales” que se habían acercado al PSOE), o entre trabajos de esencia diferentes, parece perdurar según el testimonio de Ángel Pestaña, cuando evoca la entrevista que tuvo en compañía de Seguí, Miranda y Valero y en nombre de la C.N.T., con Pablo Iglesias en Barcelona, después de la llegada de éste con motivo de la Asamblea de parlamentarios en julio de 1917. El viejo líder quiso poner término al activismo de los anarquistas, momentáneamente aliados a la U.G.T., reivindicando para sus correligionarios la condición de intelectuales como garantía de madurez y sabiduría<sup>95</sup>. Los prejuicios o las incompatibilidades de carácter pueden

<sup>90</sup> Véase también, Eduardo G. Gilimón, “Intelectuales y obreros” *Tierra y Libertad*, 22 de marzo de 1911 p. 2; Antonio Royo Villanova, “Obreros e intelectuales”, *Vida Nueva*, 15 de marzo de 1922.

<sup>91</sup> Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo...*, p. 127.

<sup>92</sup> Juan José Morato, *op. cit.*, p. 105.

<sup>93</sup> Véase el artículo de P. Iglesias titulado “Dos errores”, *El Socialista*, 10 de diciembre de 1886 (I, p. 105-106): “Respecto a que no consideramos como obreros más que a los que manejan la azada, la sierra, la llana, el componedor, el martillo, etc., desmíentelo en primer lugar el hecho de admitir a nuestro lado como tales a los que se dedican a las carreras científicas y literarias. [...] ¿Cómo hemos de rechazar a los hombres que se consagran a trabajos intelectuales cuando ellos, en unión de algunos trabajadores manuales, han sido los que han fundado en casi todos los países el Partido Socialista Obrero? Y no puede ser de otra manera. Todos aquellos que desapasionadamente examinen el desarrollo de la producción y la concentración del capital que consigo lleva, no pueden menos de poner su inteligencia al servicio de la revolución, y, por lo tanto alistarse en el único Partido que aspira a que ese desarrollo de la producción venga a ser útil a toda la humanidad.”

<sup>94</sup> Pablo Iglesias, “Fuera el régimen”, *El Socialista*, 2 de agosto de 1917; “Esfuerzos vanos”, *El Liberal*, 10 de diciembre de 1917; *ibid.*, p. 313.

<sup>95</sup> “Nos escuchó con aire displicente”, cuenta Pestaña, “[...] a cada afirmación nuestra al decirle cómo procederíamos, lanzaba una exclamación de asombro, extrañándole la rapidez con que obrábamos y lo expe-

entorpecer algunos acuerdos, pero tales propósitos, si fueran ciertos, hubieran podido verse inspirados por razones tácticas o haber sido dictados tanto por las circunstancias como por la ideología, para justificar la bipolarización política y sindical de la clase obrera y para subrayar la postura arriesgada de los anarquistas y la sabiduría de los socialistas. Puede dudarse del valor histórico de tal anécdota, pero no contribuye a disipar unas ambigüedades que no eran sólo léxicas.

En 1928, en la descripción de su proyecto de Cámara corporativa, Besteiro reitera esta distinción para mejor refutarla: “*Las corporaciones que únicamente deben tener acceso a esta cámara son las que reflejan la organización del trabajo nacional sin distinción, naturalmente, entre el trabajo manual y la inteligencia*”<sup>96</sup>. Sería vano preguntarse, con el doctor Pulido, si los intelectuales de origen humilde pertenecen a la clase obrera<sup>97</sup>. La toma de conciencia que incita al obrero a adherirse al partido de su clase no basta para atribuirle, con la reflexión, un aura de cultura; pero tampoco ese acto de parte de un intelectual atraído por el programa obrero es suficiente para hacer de él un proletario.

## Estrategia política

La elección de Pablo Iglesias para el Parlamento, en 1910, gracias a una candidatura de la Conjunción Republicano-socialista, corresponde a una evolución en la actitud del partido, que se muestra más abierto y sobre todo mejor dispuesto para con aquellos intelectuales cuyo alejamiento de la dirección del PSOE explicaba Valentín Hernández en 1896, por el impacto que tenía sobre los militantes la palabra de oradores como Jaurès o Iglesias<sup>98</sup>. Cuando llegan a Madrid para terminar sus estudios doctorales o para probar fortuna en el periodismo, los jóvenes intelectuales descubren la personalidad y las virtudes de Francisco Giner de los Ríos, junto con las del viejo líder socialista, Pablo Iglesias. Antonio Machado recuerda todavía en 1938, con emoción, el momento en que oyó por primera vez a Pablo Iglesias:

“Hacia 1889, en Madrid, probablemente un domingo (¿un primero de Mayo?), acaso en los jardines del Buen Retiro (...) De lo único que puedo responder es de la emoción que en mi alma iban despertando las palabras encendidas de Pablo Iglesias. Al escucharle, hacía yo la única honda reflexión que sobre la oratoria puede hacer un niño: “Parece que es verdad lo que ese hombre dice”. La voz de Pablo Iglesias tenía para mí el timbre inconfundible –e indefinible– de la verdad humana”<sup>99</sup>.

---

dito de nuestros procedimientos para prepararnos cuanto antes. Ustedes, los obreros manuales, lo ven así; pero, nosotros, los intelectuales, lo vemos de diferente manera. Estas palabras, rigurosamente históricas, dichas en tono paternal, como dándonos un consejo, al par que ahuecaba la voz, como si el mismo se escuchase, acabó (*sic*) con nuestra paciencia.” Ángel PESTAÑA, *Lo que aprendí en la vida*, Madrid, Tebas, 1974, p. 112-113. Saborit desmiente esta versión e incluso la realidad de aquella entrevista (Andrés Saborit, *La huelga de agosto de 1917*, México, Grijalbo, 1967, p. 64-65).

<sup>96</sup> “Lo que opina Besteiro del actual momento político”, *El Socialista*, 2 de marzo de 1928.

<sup>97</sup> Ángel Pulido, *El cáncer comunista...*, p. 19.

<sup>98</sup> Carta del 5 de noviembre de 1896 (Casa-Museo Unamuno).

<sup>99</sup> “Desde el mirador de la guerra. Lo que recuerdo yo de Pablo Iglesias”, *Obras, Poesía y Prosa*, ed. de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, Buenos Aires, Losada, 1964, p. 638-639.

Ortega proclama la santidad del líder socialista (“Pablo Iglesias es un santo”)<sup>100</sup> y asiste “con sincero fervor” a los Congresos del PSOE de agosto de 1908 y de septiembre de 1912. A partir de este año, la adhesión de los jóvenes intelectuales al PSOE es patente, tras la ruptura de algunos de sus mayores durante los años anteriores, como Jaime Vera o Unamuno<sup>101</sup>. Luis Araquistáin, Andrés Ovejero, José Madinaveitia, Julián Besteiro (catedrático de Lógica de la Universidad de Madrid, que llega del partido radical, y será presidente de la *Agrupación Socialista Madrileña* en 1914), Fabra Ribas, y Manuel Núñez de Arenas toman parte en los debates del X Congreso en 1912<sup>102</sup>. Otros, como el ex oficial Oscar Pérez Solís (que dejó el Ejército cuando se adhirió al partido en 1908), A. López Baeza o el abogado Mariano García Cortés tienen ya un pasado de militantes. Estos jóvenes intelectuales desempeñaron un papel todavía más importante durante el XI Congreso de 1915, puesto que muchos de ellos figuran entre los delegados, además de un antiguo militante, el doctor Jaime Vera, cuyas tesis se rehabilitaron y recobró su papel de teórico en el seno del partido, o José Verdes Montenegro. Según Andrés Saborit, el papel de Besteiro habría sido decisivo a la hora de clarificar la posición del partido frente a la guerra: “El Congreso se reunió bajo la dirección efectiva de Julián Besteiro. Pablo Iglesias, muy enfermo de salud... estaba muy compenetrado con el ilustre catedrático”<sup>103</sup>. La moción adoptada, favorable a los Aliados, la redactaron Besteiro, Fabra Ribas y Araquistáin. Por fin, el Comité Nacional, elegido por primera vez por el Congreso y no por la única *Agrupación de Madrid*, fue presidido por Besteiro.

Ya no se trataría, como era el caso de Unamuno desde 1895, de colaborar en el número del primero de mayo de *El Socialista* o de aprovechar la tribuna del *Ateneo* (desde la que Fernando de IGos Ríos pronuncia, el 14 de enero de 1912, una de sus primeras conferencias titulada “La exaltación del hombre como valor fundamental de la historia: liberalismo y socialismo”<sup>104</sup>) sino, más allá de este ritual, de desempeñar un papel público y de adoptar una actitud militante, aceptando una invitación para dar una conferencia en la Academia de Jurisprudencia (donde Azaña pronuncia, en 1902, aquel primer discurso que se sabía al dedillo sobre la “Libertad de Asociación”)<sup>105</sup>, o en la *Casa del Pueblo* de Madrid<sup>106</sup>, después de la creación de ésta en 1908, como Besteiro, De los Ríos u Ortega. O de Alcalá, como Azaña en 1911.

Algunas profesiones intelectuales están mejor organizadas, los profesores y los periodistas tienen una mejor formación y han adquirido un mayor rigor profesional, que tiende a alejarles de la protesta genérica de los adeptos de la bohemia. Pero este

<sup>100</sup> “Pablo Iglesias”, *El Imparcial*, 13 de mayo de 1910; *O.C.*, t. 10, p. 140.

<sup>101</sup> Véase *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Introducción y edición de M<sup>a</sup> Dolores Gómez Molleda.

<sup>102</sup> *El Socialista*, 4 de octubre de 1912.

<sup>103</sup> Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Buenos Aires, Losada, 1967, p. 159.

<sup>104</sup> *Escritos sobre Democracia y Socialismo*, ed. de Virgilio Zapatero, Madrid, Taurus, 1974, p. 53-61.

<sup>105</sup> “Allí pronuncié mi primer discursito, aprendido de memoria. (La carrera con que allí se soñaba era de lo más ortodoxo: gran bufete, acta de diputado, ministro, etcétera, por los pasos seguros de la protección de un personaje. Allí, más que nada, se aprendía a ser pasante), Manuel Azaña, *Memorias políticas y de guerra*, Madrid, Aguado, 1976, 27 de noviembre de 1931, p. 493.

<sup>106</sup> Véase Juan-Luis Guereña, “Les sociétés madrilènes et l’éducation au début du XXe siècle”, *Matériaux pour l’Histoire de notre temps*, B.D.I.C., Université de Paris X, núm. 3-4, julio-octubre de 1985, p. 43-46.

acercamiento es también fruto de una evolución convergente de los intelectuales y de los militantes socialistas que han procurado atraer a los “trabajadores de la cultura”<sup>107</sup>. Después de la *Semana Trágica*, el PSOE elige la alianza con el republicanismo para hacer oír su voz en el Parlamento. Mientras tanto, los republicanos no radicales habían formado el Bloque de las izquierdas. Y el sector obrero no militaba sólo por la transformación económica de la sociedad sino que completaba este proyecto por la democratización como primera etapa hacia la igualdad social.

### Alianza con el republicanismo

El contexto es todavía movedizo. Todos los compromisos no son firmes. Los tránsfugas no son escasos, pasan de un partido a otro: es, según Saborit, el caso de Ortega quien habría hecho una breve estancia en el Partido Radical, luego en la *Agrupación Socialista Madrileña*<sup>108</sup> (Ortega no niega su interés por el socialismo, y se sabe que frecuentó a los socialistas, pero afirma no haber querido confirmar dicho interés por una adhesión porque no era marxista). También es el caso de Besteiro, decepcionado por la demagogia de Lerroux cuando se reúne, en 1912, con Pablo Iglesias, quien se había interesado por su postura sobre Marruecos. En cuanto a Albornoz, hace el recorrido inverso: desde el socialismo hasta el lerroujismo. Se crean corrientes transversales mediante asociaciones por la difusión de la cultura (*Escuela Nueva*, etcétera). Y la filiación política de estos intelectuales evoluciona. De tal manera que el maestro que había contribuido a formular un proyecto reformista pasa a ser autor, cinco años más tarde, de las bases socialistas (Luzuriaga); mientras que la vehemencia de tal orador radical encuentra una formulación socialista razonada (Ovejero). Zulueta, atraído por el Partido radical en 1908, pasa a la Conjunción republicano-socialista en 1910, y al reformismo en 1914, pero, lo mismo que Marcelino Domingo, tiene relaciones en 1906, con los anarquistas barceloneses en el seno del *Ateneo Enciclopédico Popular* –del que será presidente– fundado por ex miembros de la *Escuela Moderna*<sup>109</sup>. Además, ciertos manifiestos crean corrientes transversales, como sucede por ejemplo con la constitución de la *Liga de Educación Política* de Ortega y Gasset en el seno del Partido Reformista, en 1913, que corona la experiencia socializante del joven catedrático de filosofía, inicialmente atraído por el Partido Radical, luego por el socialismo, aunque no por el internacionalismo marxista. Contexto tan movedizo no facilita, desde luego, el análisis.

Algo está claro, a partir de este momento, y es que el papel del intelectual dejará de ser sólo únicamente protestar en nombre de la moral universal para asumir un mili-

<sup>107</sup> Julián Zugazagoitia, “Los obreros y la literatura. De la alegoría a la realidad”, *La Gaceta Literaria*, nº3, 1º de febrero de 1927, p. 5.

<sup>108</sup> “Se ha dicho que el señor Ortega y Gasset no estuvo afiliado a ningún partido, pero no es así. Fue miembro del Partido Radical de Lerroux, después estuvo en la Agrupación Socialista Madrileña (Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Mexico, Losada, 1961, p. 89). Jean-Louis GUEREÑA, “Cultura y política en los años 10: Ortega y *La Escuela Nueva*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, nº 403-405, enero-marzo 1984, p. 544-567.

<sup>109</sup> Eladio Gardó y José Tubau (A. Jiménez Landi, “Nota biográfica sobre Luis de Zulueta”, Miguel de Unamuno-Luis de Zulueta, *Cartas, 1903-1933*, Madrid, Aguilar, 1972, p. 352).



tantismo en el seno de los partidos políticos. Son numerosos los intelectuales que asisten al IX Congreso del PSOE en 1912, y todavía serán más numerosos en el X Congreso en 1915. Desde entonces su presencia en la oposición será constante. Desde la *Liga de Educación política*, en 1913; hasta la *Liga Antigermanófila*, en 1916; la *Unión Democrática Española*, en 1918; la *Acción Republicana* y, luego, la *Alianza Republicana*, en 1925-26, y la *Agrupación al Servicio de la República*, en 1930, desde las filas del reformismo hasta las del socialismo. Era en Madrid donde la situación estaba más confusa. Republicanos radicales, “gubernamentales”, “neutros”, federales y progresistas se codeaban en las mismas secciones. Fue necesario convocar una asamblea provincial, en enero de 1910, para decidir cuál debía ser la conducta de los republicanos frente al bloque. Los radicales, en torno a Nogués, declararon su hostilidad al bloque, mientras Pérez Galdós reunía a los que permanecían fieles a la *Unión Republicana*<sup>110</sup>, entre los miembros del Círculo republicano de la calle Carretas controlados por los efectivos más moderados de *Unión Republicana*: Pedregal, Morote, Morayta, Lamana, Vicenti, Castrovido etc.<sup>111</sup> El republicanismo barcelonés era más reticente a una alianza con Moret, el promotor de la *Ley de Jurisdicciones*. En cuanto a los socialistas, que no habían ido más allá de una participación al lado de los liberales en la campaña hostil al proyecto de ley de represión del terrorismo, negaban el menor contacto con sus peores enemigos, los monarquistas<sup>112</sup>, pero dejaban la puerta abierta a unos acuerdos electorales puntuales con los republicanos.

La *Conjunción Republicano-Socialista*, que se formó en el otoño de 1909 bajo la presidencia de Galdós, fue más que una alianza electoral. Cambió el clima político poniendo término a la división del republicanismo y al aislamiento del socialismo, permitiendo la elección de unos diputados. Contribuyendo a la renovación estructural de la vida política, subrayaba la crisis que afectaba tanto a los partidos dinásticos como a los de la oposición antidinástica. La *Conjunción* parecía ofrecer una alternativa democrática al sistema canovista. Prolongaba el bloque de las izquierdas que había reunido, contra la política contraria a los derechos civiles y a las libertades públicas de Maura, los liberales y los republicanos, a quienes se habían unido momentáneamente los socialistas. La *Conjunción* tradujo un reflejo de defensa primero, y después fue una respuesta a la política de Maura y a la situación creada a lo largo del verano de 1909 por la *Semana Trágica*. La inflexión de la política del PSOE corresponde también a una evolución de la estrategia del socialismo europeo, que no desprecia ya la representación parlamentaria, tanto como al viraje de los republicanos, hartos de los extravíos del siglo anterior. “*Si éstos trajeran la república estaríamos peor que ahora. Sería cosa de emigrar. Suerte que no hay miedo a que la traigan. ¡Hay cada revolucionario que tiene un miedo feroz a la revolución!... Voy a irme con Pablo Iglesias. Él y su partido son lo único serio, disciplinado, admirable que hay en la España política, declaró Galdós*”.

Al romper su aislamiento para aliarse con quienes consideraba hasta la fecha unos enemigos de clase, el PSOE olvidaba su obrerismo intransigente y admitía de

<sup>110</sup> *El País*, 11 de enero de 1909.

<sup>111</sup> *El País*, 4 de febrero de 1909.

<sup>112</sup> *El Socialista*, 5 de junio, 31 de julio, 2 de octubre de 1908; “El Partido socialista ante el bloque. Discurso de Pablo Iglesias”, *El Socialista*, 8 de enero de 1909.

nuevo en su seno algunos elementos intelectuales. Por primera vez en España, un grupo de intelectuales, que actuaba en los márgenes del socialismo y del liberalismo, compartía el proyecto político de la oposición de izquierdas y estaba decidido a participar en la vida pública y en la lucha política<sup>113</sup>. Era partidario de un programa pedagógico compatible con la visión de Costa o de Ortega. El origen de estos jóvenes era diverso. Algunos procedían del republicanismo, como Fernando de los Ríos, Ramón Carande o Andrés Ovejero, otros del radicalismo, como Besteiro. Maeztu, que había reivindicado la herencia de Costa<sup>114</sup>, profesaba a principios de los años diez un socialismo democrático e signo “fabiano” que veía en el desarrollo de la ciencia, la condición del auge de la industria y del comercio. La mayoría de ellos se encontrará en el seno de la *Liga de Educación Política* fundada por José Ortega y Gasset dentro del Partido Reformista.

### Participación del PSOE en el Poder

A partir de 1917, el reformismo creyó que podía acceder al gobierno, aunque el fracaso de su principal líder, Gumersindo de Azcárate, quien perdió en 1916 el feudo electoral que ocupaba desde hacía treinta años<sup>115</sup>, hubiera hecho tambalearse las esperanzas de sus miembros más jóvenes (sin embargo, el Partido Reformista conservó ese mismo año los once escaños que había obtenido en el parlamento en 1914<sup>116</sup>). Diez años más tarde, la mayoría de los intelectuales que se había iniciado en la acción política de la mano de Melquíades Álvarez (De los Ríos en 1917, Azaña en 1924 etcétera) lo habían abandonado. A lo largo de 1917, una encuesta de *El Liberal* comprobaba la casi desaparición del movimiento. Pero a pesar del fracaso del reformismo, no se abandona la idea de constituir un partido destinado a acoger a las clases medias. La revista *España* procura atraerles. Araquistáin les invita incluso a adherirse al socialismo el 6 de marzo de 1920 publicando un manifiesto titulado “Los intelectuales españoles y el socialismo”. Diez años más tarde, en 1931, Ortega propone otra vía, intentando convencer al partido socialista de dotarse de una política económica para atraer a los capitalistas. Recobra acentos juveniles cuando apostrofa a la clase obrera:

“¡Obreros españoles! Oíd lo que os dice otro obrero, que tiene maltrecha su vida por accidente de trabajo, que ha roto en el trabajo su salud. España tiene que ser más rica para que vosotros los obreros podáis ser menos pobres; y eso, aunque las voluntades de todos los españoles, mágicamente unidas, decidiesen vuestro mejoramiento”<sup>117</sup>.

Esto equivalía a plantear la cuestión de la participación de los socialistas en el Poder. El debate tuvo lugar unos años antes. Frente a la Dictadura de Primo de Rive-

<sup>113</sup> Juan Marichal, “La generación de los intelectuales y la política. 1909-1914”, *Revista de Occidente*, núm. 140, noviembre de 1974, p.166-169.

<sup>114</sup> R. de Maeztu, *Debemos a Costa*, Zaragoza, tip. de Emilio Casañal, 1911.

<sup>115</sup> “Derrotados y triunfantes. Azcárate”, *España*, núm. 65, 20 de abril de 1916.

<sup>116</sup> Miguel Martínez Cuadrado, *Elecciones...*, t. II, p. 781-793.

<sup>117</sup> Discurso en las Cortes Constituyentes, 30 de julio de 1931, *O.C.*, t. 11, p. 354.

ra, el PSOE decide hacer como si no hubiera pasado nada y reafirma su hostilidad al régimen de la Restauración. Luego sus miembros aceptan las invitaciones de que son objeto<sup>118</sup>. El PSOE aparece entonces como el único partido organizado y atrae, en 1930, a unos intelectuales liberales como Gregorio Marañón o más radicales como Jiménez de Asúa. La acción pública de numerosos intelectuales empieza en el seno del PSOE o acaba con un acercamiento a éste. La línea moderada de Besteiro triunfa de nuevo en el Congreso de 1932, pero no puede impedir los progresos de la línea revolucionaria que, a partir de enero de 1934, quiso contrarrestar los avances del fascismo mediante una acción revolucionaria. Esta postura, que era la de Largo Caballero y Araquistáin, se impuso después contra la de los catedráticos krausistas Besteiro y De los Ríos, quienes, al comprobar que numerosas polémicas desmentían su fe en la armonía natural de las sociedades, se distanciaron del partido. Se negaron asimismo a tomar parte en los enfrentamientos que se verificaron en el seno de éste entre 1936 y 1938 y a desempeñar un papel importante en la conducta de la guerra, durante la cual apareció una cuarta tendencia al lado de la que encarnaban Largo Caballero, Prieto y Besteiro: la de Juan Negrín. El famoso médico hizo un llamamiento al orden, en enero de 1936, en compañía de algunos “prietistas”, Luis Jiménez de Asúa, Julián Zugazagoitia y Ramón González Peña. Los gobiernos que presidió de 1937 a 1939 colaboraron con los comunistas e hicieron hincapié en la cooperación con la URSS, que opusieron a la falta de solidaridad de las democracias occidentales. Se estaba lejos de las presuposiciones antimarxistas de Besteiro o de De los Ríos.

Pero es evidente que la crisis de identidad del régimen republicano a partir de 1933 corresponde a una crisis de conciencia de los intelectuales socialistas<sup>119</sup>, decepcionados por el funcionamiento de la democracia liberal rectificada por el oportunismo de Lerroux, y asustados por la violencia revolucionaria a partir de octubre de 1934. Este encuentro de dos identidades sociales forjadas a lo largo del tiempo, no es un proceso lineal, y pasa por construcciones culturales que conducen a vericuetos inesperados. La formación de la clase obrera es tanto un fenómeno económico, histórico, como una construcción cultural. En este proceso pudo intervenir la idea que se hizo el “trabajador intelectual” de la clase obrera, que sabe que su interés por el proletariado no basta para proletarizarle. Esta interacción en las que se forjan identidades mediante experiencias comunes, el intelectual la teoriza por el lenguaje. De tal manera que a esta evolución de la clase obrera está contribuyendo el discurso del intelectual que está tomando conciencia de su papel en un momento en que ésta está construyéndose, cuando artesanos y obreros de los oficios clásicos se transforman en nuevos trabajadores de la industria. Pero el intelectual no encontraba en el proletariado masificado al pueblo liberal, al titular de la soberanía en el que hubiera tenido que estribar el pacto constituyente. Y éste, si pudo hallar unos líde-

<sup>118</sup> La primera la recibe Manuel Llaneza, a finales de septiembre de 1923, para participar en una comisión encargada de estudiar las condiciones de trabajo en las minas de Almadén (*El Socialista*, 2 de octubre de 1923). La entrevista entre Llaneza y Primo de Rivera está al origen de la colaboración de algunos socialistas con la Dictadura y de una escisión dentro del partido sin que peligre la unidad del mismo. A la cabeza de los primeros están Andrés Saborit, Francisco Largo Caballero y Julián Besteiro. Al contrario, Indalecio Prieto y Teodomiro Menéndez, se oponen a dicha colaboración.

<sup>119</sup> E.P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989, t. I, p. XIV y 203.

res entre los intelectuales (como el catedrático de filosofía Julián Besteiro), no asignó un estatuto claro a la cultura, que fue tanto objeto de consumo como entretenimiento y experiencia compartida, pero difícilmente creación. El mimetismo que daba la ilusión de compartir la cultura de la burguesía explica sin duda el fracaso de muchas universidades populares antes de la experiencia de la guerra civil, que Antonio Machado vivió del lado republicano como un momento privilegiado para la defensa y la difusión de la cultura<sup>120</sup>, concibiendo ésta como creación popular y no como tesoro o caudal por conquistar, porque esta política fracasaría “cuando la regadera estuviera vacía”.

Los intelectuales tenían que organizarse al mismo tiempo que pretendían organizar a las masas. La mayoría de ellos tomaron conciencia de su propio papel descubriendo los problemas sociales. No pueden confundirse, por consiguiente, situación revolucionaria y conciencia revolucionaria, mentalidad revolucionaria y conciencia revolucionaria, conciencia de sí mismo y conciencia de clase. Esta posible confusión explica la desproporción entre las formas de acción elegidas —que parecen indicar cierta radicalización— y la modestia de los objetivos proclamados (y a veces, todo lo contrario, la distorsión entre discurso revolucionario y ausencia de medios de acción). No obstante, ni clase obrera ni intelectualidad son homogéneas. Tampoco tienen la misma concepción de la colaboración. El líder obrero (excepto cuando éste es el catedrático de filosofía Julián Besteiro) desconfía del experto que no comparte sus preocupaciones, y de quien sospecha quiere instrumentalizarle, so pretexto de introducir valores culturales en el movimiento social.

¿Fue fructífero este acercamiento de los intelectuales al partido obrero? Confrontados a la realidad del poder al que habían aspirado, los intelectuales tienen que situarse frente al mantenimiento de la estrategia de unión electoral con el republicanismo de Azaña y luego tomar postura frente a la radicalización del PSOE cuando la insurrección asturiana de octubre de 1934. Pero algunas voces se habían elevado para denunciar la alianza con los socialistas. Por ejemplo, el 25 de abril de 1933, Juan Díaz del Moral, en nombre de la Agrupación al Servicio de la República, pide en su discurso en las Cortes una rectificación de la política, aconsejando “que se formara un gobierno puramente republicano; que no presidiera los destinos del país la coalición republicano-socialista, y dio este consejo por razones obvias, porque entendía que en los momentos por que atravesaba España era sumamente peligroso el concurso de los socialistas cuando se estaba reconstituyendo la vida y la economía española; porque temió que hubiera urgencias inmotivadas que perturbaran la dirección serena de los negocios públicos” en un contexto en el cual, en Europa, los partidos socialistas estaban abandonando la colaboración con los partidos burgueses<sup>121</sup>.

<sup>120</sup> Paul Aubert, “La Cultura y los intelectuales en la obra y la vida de Antonio Machado”, *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español*, Madrid, Año X, n° 16, 1977, p. 17-34.

<sup>121</sup> *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, tomo XXV, 26 de abril de 1933.